

LAS MÁQUINAS LOCAS

LOUIS G. MILK



LAS MÁQUINAS LOCAS

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN

ESPACIO

Las máquinas locas

por

LOUIS G. MILK



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

B A R C E L O N AOBRAS DEL MISMO AUTOR:

6 Dueño del mundo

8 Dimensión "X"

10 "Ellos"

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

15 Tiempo dos

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

21 La vuelta de Gulliver

24 Las máquinas locas


Conversion of WMF images is not supported
Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.
CALIBRE
Vincent Luu
Made by Cakeshop.pl
green-eyed-butterfly
AIR-MAIL
calibre 1.48.0

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN



GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

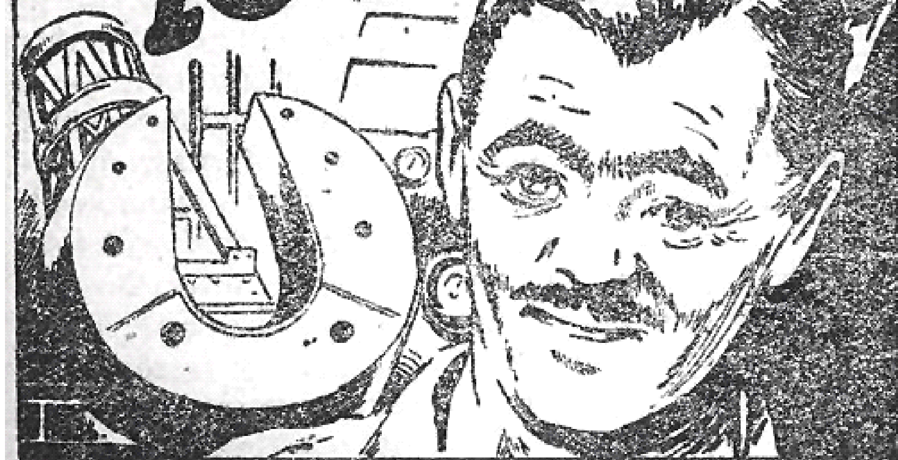
16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

17 Los nombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión


Las MAQUINAS LOCAS

CAPÍTULO PRIMERO

A José Segarra García

Afectuosamente

El Autor

El hombre aquel tenía un problema. Un problema de difícil resolución, a juzgar por su actitud meditabunda.

Se hallaba sentado en un sillón amplio, enorme, en el que se perdía su también enorme humanidad. Pero no se hallaba cómodamente recostado, sino, por el contrario, vencido su cuerpo hacia delante, con el mentón apoyado en las manos y los codos en las rodillas, fija su vista en la frontera pantalla de televisión, de la que sus ojos captaban las imágenes, sin que éstas, no obstante, fueran registradas en su corteza cerebral.

El problema le atormentaba, hasta el punto de hallarse como colocado en el interior de un pequeño mundo del cual fuera él su único habitante, sin ver ni oír nada más que sus imágenes y voces internas.

Terminado el espectáculo arrevistado, durante el cual cincuenta hermosas muchachas habían subido y bajado alternativamente sus cien piernas, en rítmicos movimientos que diríase hubieran estado producidos por una exacta maquinaria, comenzó la sesión de anuncios, durante el breve intervalo que duraría el siguiente número de la función teatral.

Parpadearon rápidamente figuras y letras y de repente seis de las últimas aparecieron en el rectángulo del cristal, de redondeadas esquinas.

«TODO, S. A.»

No hubo más. Apenas desapareció la brevísima frase, una hermosa cantante, con una voz parecida a la de un tarro de miel, empezó a echar pestes de los hombres en general y del que la había dejado plantada en particular, pero el hombre atormentado psíquicamente ya no la escuchaba. Ni consciente ni inconscientemente. El aparato continuaba funcionando, solo, sin

vidente que apreciara las bellezas tanto de la voz como de la figura de la artista, porque su propietario ya estaba camino de la calle, seguro de haber hallado, no la solución a su problema, sino quien se lo resolviera.

A pesar del intenso alumbrado, de los millones de multicolores luces parpadeantes de los anuncios luminosos, a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros de distancia podían leerse a simple vista, las mismas letras:

«TODO, S. A.»

La empresa se había gastado el dinero sin regatearlo, pero su nombre, con toneladas y toneladas de negro polvillo, se había escrito en la superficie del satélite, ocupando cada signo enormes extensiones, sin temor, dado el vacío sideral, a que ninguna tormenta de aire pudiera borrarlas:

«TODO, S. A.»

«TODO, S. A.»

«TODO, S. A.»

«TODO, S. A.»

—¡Qué idiota he sido! — dijo para sí el hombre atormentado interiormente, viendo la profusión de anuncios que publicaban, a voz en grito, el nombre de la entidad que le sacaría de apuros. Por todas partes, en lo alto de los rascacielos, sobre las puertas de los bares, en los faroles del alumbrado público, en la zaga de los taxis. Por todas partes, las seis letras le salían al paso: a derecha; a izquierda; por arriba, y hasta por abajo, en las entradas de los ferrocarriles subterráneos, incluso en el pavimento de las aceras móviles, sin dejar un solo momento de respiro a la visión.

Aquel hombre pensó por un momento en el fantástico presupuesto publicitario de la empresa, pero también se dio cuenta que, de no rendir lo suficiente, no arriesgarían tantos millones en anuncios. Especialmente el de la Luna debía haber costado el rescate de un rey. No obstante, el asunto que le embargaba la atención volvió muy pronto a primer plano y, por segunda vez, todo cuanto contemplaban sus ojos desfiló de nuevo indiferente ante ellos.

Rechazó con gesto cansado el coche, cuya portezuela tenía abierta el conductor.

—No hace falta, Tom. Puede usted retirarse a descansar. Quizá

regrese tarde — y se perdió en el tráfago de la urbe.

El edificio de «TODO, S. A.», destacaba de los demás. No por su altura, puesto que no llegaba, ni con mucho a los cuarenta pisos, sino por la enorme extensión de su solar, superior en bastante cientos de metros cuadrados a la del Rockefeller Center.

Sin la menor vacilación penetró en el gigantesco vestíbulo, capaz de albergar con toda comodidad una pequeña astronave de pasajeros. Docenas, casi cientos de ventanillas, atendían a innumerables clientes que, a pesar de lo relativamente intempestivo de la hora, acudían allí para buscar una solución a sus problemas. Se quedó un instante dubitativo, y de repente, un uniformado personaje, sin la menor estridencia en sus ropajes, diferenciados lo justo del público para que no se le confundiera con un cliente, se le acercó.

—¿Desea algo, caballero? «TODO» tendrá mucho gusto en ayudarle, sea cual sea su propósito — dijo el empleado, con toda cortesía.

—Pues... sí —dudaba—. Sin embargo...

—Es muy confidencial su asunto, ¿verdad?

Lo miró con ojos atónitos:

—Sí, pero... No comprendo...

El empleado sonrió indulgentemente:

—Estamos acostumbrados, caballero. ¿Tiene la bondad de seguirme? Lo suyo debe de ser algo fuera de lo normal. ¿Querrá corregirme, si me equivoco?

—No. Tiene toda la razón. Y una buena dosis de psicología — dijo de buen humor el hombre.

—El caballero es muy amable conmigo — murmuró el funcionario, mientras le ayudaba a sortear el infinito tráfico del vestíbulo, hasta que por fin dieron con una puerta, que abrió, dejando ver un cómodo despachito, con amplios butacones.

—Siéntese, por favor. En seguida vendrá alguien que se pondrá a sus órdenes.

No estuvo mucho tiempo solo. Otro pulido funcionario, éste sin uniforme, pasó a la estancia, cerrando tras sí la puerta, y escuchó un somero relato de las intenciones del visitante. Cuando terminó, el

primero meneó la cabeza.

—No es de mi incumbencia. Tendré que pasarle a presencia del subdirector Número Catorce.

El subdirector Número Catorce movió también la cabeza con pesimismo.

—Yo no se lo puedo solucionar.

—Pero... ¿no hemos quedado que «TODO, S. A.» lo resuelve todo, por imposible que parezca? —el visitante no pudo evitar la ironía en la interrogación.

El subdirector Número Catorce sonrió y su gesto era indulgente:

—Cierto, caballero. Pero su caso es harto complicado, y un simple subdirector no tiene atribuciones para tratar de él. Creo que lo más indicado será llevarle a usted al director Número Cinco.

El director Número Cinco era alta, rubia y tenía un tipo monísimo. Sin el menor esfuerzo hubiera desbancado a la estrella principal del «Planetarium Folies», y sus enormes ojos grises, que denotaban una inteligencia superior, y su roja boca, constituían de por sí solos un tratado de la perfección en la geometría anatómica.

Miranda Blecking tomó el lápiz por la punta y tabaleó dubitativamente sobre el cristal de la mesa.

—Es muy difícil lo que usted pide, señor Gallahault. No sé si...

—Señorita Blecking, hará usted flaquear mi fe en su empresa.

Se oscureció un instante la expresión de la hermosa mujer al contestar:

—Señor Gallahault, lo que usted nos ha pedido no es un asunto corriente. Ni siquiera que se salga de lo más difícil que se nos haya encargado hasta ahora. Es algo... ¿Cómo lo diría yo?

—Único, quizá.

—Exacto.

—Entonces, ¿tendré que marcharme diciendo que mis manos están vacías y que el nombre correcto de la empresa sería mejor «CASI TODO, S. A.»?

No había ningún eufemismo en la zahiriente frase y Miranda

Blecking enrojeció a su pesar.

—Llamaré al director Número Uno. Yo… —iba a decir que no se atrevía, pero marcó un número en el televisófono, que tuvo por resultado el que el personaje requerido se presentara en el despacho media hora después, durante la cual el señor Gallahault se pasó el tiempo mirando al techo, con los dedos unidos por las puntas, en una quietud absoluta que tuvo la virtud de poner nerviosa a Miranda, de quien se decía era la imagen perfecta de la tranquilidad.

Fulton Granger, director Número Uno, rezongando en su interior por haber sido arrancado a las delicias de una agradable fiesta de sociedad, se quedó estupefacto al conocer las pretensiones del cliente.

—Señor Gallahault, esto que usted nos pide…

—Es muy difícil, ¿verdad? —cortó éste secamente —. Lo siento. Creí que ustedes me lo resolverían. Lamento haber perdido mi tiempo, y el suyo, y solamente me resta pedirles la minuta por el importe de la consulta.

Granger alzó las manos aterrorizado. En su interior veía ya todo el prestigio de la entidad por los suelos. Un solo fracaso y la noticia se extendería como una gota de aceite sobre un papel. Nada ni nadie sería capaz de detener el descrédito, v su desbocada imaginación le hizo verse caminando a campo traviesa con un hatillo al hombro, pidiendo un plato de sopa a cambio de desbrozar un jardín. Extendió las manos, tratando de contener la huida de Gallahault.

—¡Por favor! —le rogó—. Compréndalo. No es pasear un perro. No se trata de seguir, por encargo de una esposa llena de celos, a un alegre marido, olvidado por completo de sus deberes conyugales. Ni tan siquiera es — muchos nos lo han encargado ya—, construir un satélite artificial y lanzarlo en una órbita fija alrededor del Globo.

—¡Un momento —cortó Gallahault—. Ustedes contratarían pistoleros y harían asesinar al Presidente, si alguien se lo encargara, ¿no es así?

—Ciertamente. Y nadie nos lo podría reprochar. No podríamos ser perseguidos judicialmente. Los estatutos de «TODO, S. A.» están redactados jurídicamente de tal forma que nadie puede perseguirnos por el cumplimientos de lo que nos encargue el cliente. Nuestros pistoleros —no los tenemos, pero habríamos de contratarlos —, matarían al Presidente, pero apenas hubiera sucedido esto, aquéllos y el contratante de nuestros servicios serían entregados a los Tribunales. Quien nos hace un encargo, sea de la índole que sea, sabe que él es el

único y absoluto responsable de los actos de nuestros agentes.

—Según eso, también podrían desencadenar una guerra.

—Si el bolsillo del cliente lo permite, ¿por qué no? Una guerra presenta una serie de problemas muy complejos, pero que nosotros resolveríamos, sin la menor duda. Podríamos emplear, desde una compañía a media docena de cuerpos de ejército. Todo depende de lo que usted quisiera gastarse en el espectáculo — sonrió Granger con indulgencia.

Gallahault agitó la mano: —No. Yo no quiero tal cosa. Usted lo sabe bien. Usted y media docena de empleados más.

—No tema — fue Miranda la que intervino ahora—. Cualquier frase, por insignificante que sea, pronunciada ante uno cualquiera de nosotros, es un secreto sagrado. El que le recibió ya ha olvidado lo que usted le dijo. Y así ha pasado con todos. Y pasará con el señor Granger y conmigo, en cuanto usted haya terminado con nosotros.

—La factura será elevadísima — sugirió el director Número Uno.

Por toda contestación, Gallahault sacó algo de uno de los bolsillos de su traje. Firmó uno de los cheques y, arrojándolo sobre la mesa, sonrió levemente:

—Observarán que determinada casilla está en blanco. A ustedes les compete poner la cifra.

Granger miró admirado al cliente, pero no por ello descuidaba los intereses de la Compañía.

—Un gesto magnífico, señor Gallahault, pero me temo que su cuenta pudiera ser insuficiente para cubrir nuestra factura.

—¿Insuficiente? —rió Gallahault—. ¿Conoce usted al señor Potter?

—Sí, desde luego. Es el director del Primer Banco Sideral. Una potencia financiera.

—Llámelo usted, ¿quiere? Él le dirá a cuánto ascienden mis depósitos bancarios.

Cinco minutos después, un consternado director Número Uno miraba a un satisfecho cliente, muy entretenido en la contemplación de sus uñas.

—Lo siento, señor Galla…

Agitó éste una mano en el aire:

—No se preocupe usted. Confío en la honorabilidad de la empresa y sé que no pondrán ustedes en el cheque un céntimo más del importe de la factura. Y, ahora, resuelto tan importante problema, ¿cuándo empiezan ustedes con mi encargo?

Granger y Miranda Blecking se miraron y, al cabo de unos instantes, el primero dijo:

—Procuraremos hacerlo cuanto antes. No le podemos predecir ni el principio, ni el final, pero sí garantizar su pronto cumplimiento tan rápido como las circunstancias nos lo permitan.

Se levantó Gallahault.

—Está bien. Puesto que ya todo marcha de perfecto acuerdo, no tengo nada más que decir, excepto que…

—¿Qué? —preguntaron al unísono ambos directores, anhelosos.

Gallahault sonrió ante la expresión de alarma de sus interlocutores:

—La señorita Blecking es un maravilloso espécimen de su sexo. Me gustaría invitarla a cenar.

Todos se echaron a reír ante la inesperada proposición de Gallahault, y fue ella quien inquirió, maliciosamente:

—¿La invitación es personal o forma parte del… encargo?

—À su susto, señorita — se inclinó él galantemente, y Miranda exclamó, tras posar sus ojos un segundo en los del director Número Uno.

—Mi relevo tardará diez minutos en llegar. Si no le importa la espera…

Todavía tuvo que aguardar un poco más Gallahault, pues ella adujo que tenía que colocarse ropas adecuadas, aptas para salir de noche.

—Cinco minutos — rogó, al salir del coche, en el que se quedó Gallahault, y cruzó la acera ágilmente, con leves movimientos, dignos de una silfide.

A poca distancia del anterior y, tras haberlo seguido, se había detenido otro coche, del que saltó un individuo alto, corpulento, de innegable prestancia física y potencia muscular que, sin rodeo alguno, se introdujo en el que ocupaba Gallahault.

Los dos hombres estuvieron hablando por espacio de dos minutos escasos. Aunque hubiera habido un tercero en el interior del vehículo, no se hubiera enterado de la conversación debido al bajo tono de ambas voces. El diálogo fue breve, pero sustancioso, y acto seguido, el otro hombre saltó a la acera, desapareciendo a los pocos instantes, absorbido por el tránsito.

Realmente estaba encantadora Miranda. Nada en ella recordaba a la eficiente e impersonal director Número Cinco de «TODO, S. A.», y Gallahault se apresuró a ayudarla a entrar en el coche, admirando el maravilloso dibujo de los desnudos hombros.

Miranda apreció que Gallahault era un ameno conversador y un agradable compañero y el rato se le hizo sumamente corto, entretenida con la amena conversación de su pareja, pero de repente observó que éste se quedaba quieto.

—¿Le ocurre algo, señor Gallahault? — inquirió Miranda alarmada.

Gallahault no contestó y ella se extraño infinito de la expresión de quietud y tranquilidad que había adoptado repentinamente su compañero de mesa.

Tenía las manos sobre el mantel, inmóviles en absoluto. El cuerpo continuaba rígido, con la espalda en ángulo recto con la silla y sus ojos miraban al infinito. Miranda volvió a repetir la pregunta.

Pero Gallahault continuaba silencioso. Parecía como si se hubiera desentendido de los suaves sones de la orquesta, como si la contemplación de la concurrencia no le importara lo más mínimo.

Y entonces Miranda observó algo horrible.

En la frente de Gallahault había aparecido de súbito un redondo agujerito negro, circular, colocado con precisión matemática entre ambos ojos, del que manaba un hilillo de sangre que se le escurrió por un lado de la nariz, manchando los labios y goteando por el mentón de firme trazo, hasta dejar su rojo impacto en el blanco mantel. Y luego, el muerto, porque muerto estaba ya Gallahault, se deslizó a un lado y se desplomó en el suelo.

Su último movimiento reflejo, no dependiente para nada de su voluntad, fue engarfiar los dedos y asir con ellos el mantel, arrastrando consigo la vajilla, que se estrelló contra el pavimento, dominando por un instante, con el ruido de la cristalería rota en mil pedazos, todos los demás sonidos.

La gente se volvió a mirar y en aquel momento Miranda lanzó un agudo grito, que frenó en seco a la orquesta.

No era por la muerte de Gallahault. Miranda había visto muchas cosas en «TODO, S. A.» desde que entrara como simple mecanógrafa, hasta que, reconocidos públicamente sus méritos, comenzara una serie de vertiginosos ascensos que la habían llevado al puesto que actualmente ocupaba y cuya remuneración constituía una regular fortuna. El grito que había lanzado no se debía a la sangre, sino a otra cosa.

Miranda se dio cuenta de que tres hombres se encaminaban decididos hacia ella. Conociendo, como conocía, el «encargo» del ya difunto Gallahault, no dudó un solo instante de cuál era el objetivo del trío que ya se encontraba a media docena de pasos de su mesa, y se levantó.

Recogiéndose la falda, sin preocuparse del ruido ni del desconcierto que había invadido la sala de fiestas, intentó echar a correr y huir, pero fue inútil. La gimnasia que hacía a diario para conservar su fina silueta no era precisamente la que hace un corredor pedestre de velocidad pura, y por ello, antes de que diera dos pasos, aquellos hombres cayeron sobre Miranda.

En medio del enorme escándalo, de las fugas y carreras precipitadas, alguien aplicó a la mujer algo de dulzón aroma. Sintió ésta unas horribles y espantosas náuseas y quiso resistirse, pero todo fue en vano.

La pérdida del conocimiento coincidió con el repentino apagón de las luces del establecimiento. A favor de la oscuridad, los tres secuestradores de Miranda Blecking pudieron llegar hasta el coche que les esperaba y huir hacia un ignorado destino.

CAPÍTULO II

De la edad que tenía, a Louis Driscoll le sobraban al menos diez siglos. Esto es fácil de entender teniendo en cuenta que al joven ingeniero le causaba un santo horror todo lo que oliera a maquinismo, y que su ideal hubiera sido vagar por los caminos del mundo, buscando doncellas a las que liberar del fiero dragón, huérfanas que socorrer y entuertos que enderezar. Pero como ello, en los albores del vigésimo primer siglo de la Era Cristiana ya no era posible, lo único que podía hacer Driscoll era lamentarse de no ser un segundo Lanzarote del Lago, y en lugar de lo cual, como el ser un caballero andante en potencia no le impedía tener un cierto sentido práctico de la vida, estaba encargado de la Tercera Sección de Rutas Deslizantes, en el Trozo Los Angeles-San Francisco.

Los partes continuaban llegando con la acostumbrada monotonía a la estación de Control.

—Tramo Cinco, sin novedad.

—Tramo Catorce, en perfectas condiciones.

—Sector Be, del Tramo Diez y Siete, velocidad ochenta y uno. Detenido por avería de un tambor. Se ha observado a tiempo y el público, tranquilo, transborda a la cinta de velocidad noventa. No ha habido el menor accidente.

—De acuerdo, O'Leary —inquirió Driscoll, observando por la pantalla el flemático rostro de su subordinado, que no expresaba la menor alarma—: ¿Cuánto tardarán en tener lista la avería?

—Veinte minutos, señor. Quizá menos. No es nada de importancia. Un nuevo tambor viene a toda marcha por la cinta ciento ochenta de Velocidad Preferente. El recambiarlo será cuestión de escasos segundos.

—Perfecto, O'Leary. Dé cuenta a Control Centro, cuando la avería esté reparada. — Con el rabillo del ojo observó la entrada de una persona en la cabina. Su relevo. Le saludó: — ¡Ah! Hola, Dan. ¿Has oído?

Asintió el recién llegado.

—Sí. Además me encontraba yo precisamente en la cinta detenida. No tiene nada de particular. Una grieta en el cilindro.

Louis Driscoll se desperezó, bostezando complacido y fatigado al mismo tiempo. Ocho horas ininterrumpidas de vigilancia en la casilla de control fatigaban a cualquiera. Menos mal que ahora tenía por delante treinta y dos de continuada vagancia. A Driscoll le pedía el cuerpo un buen baño tibio, con un vaso de «whisky» en una mano y un pitillo en la otra, en tanto contemplaba su programa favorito televisado, allá arriba, a dos mil kilómetros de altura, en su casa en la órbita, libre por completo de los ruidos de la ciudad, en una atmósfera artificialmente pura y artificialmente perfumada.

Había tenido suerte en la adquisición del pequeño satélite artificial. Todavía era un lujo caro, no tanto por el material y la fabricación en sí, ni tampoco por su proyección en el espacio, en el punto en que la fuerza centrífuga y la de gravedad se equilibraban. La carestía del satélite particular estribaba en la órbita.

Acabó de dar las últimas instrucciones a Dan Paxton y, con una palmada en su hombro, salió al exterior, cerrando la puerta tras sí. Entonces. le llegó el sordo rumor tronitoso de las cintas transportadoras marchando sin cesar, llenas de gente y mercancías.

El interior del infinito túnel estaba bríllantísimamente iluminado, hasta parecer de día. Se sintió orgulloso de pertenecer a una empresa tan importante. Rutas Deslizantes era una potencia en el comercio y la industria y él lo sabía.

La primera cinta, la que tenía al alcance de su mano, marchaba a nueve kilómetros a la hora. Sucesivamente, y por secciones de tres metros de anchura, iban aumentando, siempre a razón de nueve kilómetros a la hora, hasta llegar a los ciento ochenta, de modo que resultaba fácil llegar de la mínima a la máxima velocidad y a la inversa. A partir de los treinta y dos kilómetros a la hora, las cintas llevaban sucesivos mamparos para evitar las consecuencias de la extremada resistencia del aire en las personas que las ocupaban.

Louis Driscoll ya llevaba tiempo empleado, pero siempre era un espectáculo nuevo para él ver las cintas pasar en velocidades gradualmente aumentadas. Las más concurridas, naturalmente, eran las de máxima velocidad, que generalmente eran las que se usaban para más largos trayectos, puesto que no tenía objeto alguno pasar a la cinta de ciento ochenta para recorrer una decena de kilómetros.

Hombres, mujeres, iban y venían. La Estación de la Sección Tercera, a cuarenta kilómetros de Los Ángeles, era una de las más concurridas, y por ello había tantos establecimientos comerciales en aquella inmensa plaza subterránea. Decidió tomarse una copa para

entonarse y pasó a la inmediata cafetería.

Se sentó en uno de los altos taburetes, de espaldas a la pared, en el rincón, junto al amplio ventanal y en el momento en que se llevaba el alto vaso de cristal a los labios, se apercibió de que frente a él había una mujer, rodeada por cuatro hombres.

Aun estando sentada, podían apreciarse las espléndidas líneas de su cuerpo. A su pesar, Driscoll admiró el rostro de perfiles de estatua, pero también se dio cuenta de que en la mujer había algo que desentonaba.

Encendió un cigarrillo y, a través de las espiras de azulado humo, le pareció ver en los grandes ojos grises de la desconocida una expresión de súplica.

Se inflamó el pecho de Louis. El espíritu caballeresco afloró a la superficie. ¿Y si la mujer fuera en una compañía indeseable? Pero no. Parecía sonreír y charlar con ellos amistosa y agradablemente. Suspiró decepcionado.

La hermosa mujer le miró fijamente de nuevo. ¿Por qué movía sus párpados de una manera tan seguida? Era extraño. Paró en seguida con sus parpadeos, para reanudarlos unos segundos más adelante.

Ahora los intervalos entre movimiento y movimiento eran más espaciados. Aumentaron su tono rápido durante un instante, para volver al anterior ritmo más despacioso.

La rubia no dejaba de sonreír y charlar con sus acompañantes, y de vez en cuando le repetía sus movimientos de párpados, lanzándole, cuando terminaba, unas miradas incendiarias. ¿Qué hacían aquéllos idiotas que no la atendían?

Los parpadeos volvieron a hacerse más insistentes y, de repente, un súbito rayo de luz penetró en la masa de tinieblas y confusión en que estaba sumida la mente de Driscoll.

¡Los párpados de la desconocida se movían según un determinado ritmo, con espacios bien delimitados!

RAYA. RAYA. RAYA. PUNTO. PUNTO. PUNTO. RAYA. RAYA. RAYA.

Ahora sí que lo comprendía. Le estaba pidiendo socorro.

¡S.O.S.!, quería decir con los ojos aquella chica tan guapa.

Entonces ¡Era verdad! Estaba secuestrada y los tipos que la acompañaban... Pero se interrumpió para poner toda su atención en el resto del mensaje.

—SOCORRO. ME LLEVAN CONTRA MI VOLUNTAD...

Louis apretó los dientes con rabia. La Tierra progresaba, pero había ciertas cosas tan antiguas como el mundo mismo. Por ejemplo: aquellos fulanos. ¿Cómo podía haber sido tan tonto que no se había dado cuenta de la profesión, que llevaban claramente estampada en sus rostros?

Vio la expresión de la mujer, que era de alivio, porque notó en su cara que había comprendido lo que quería decirle y saltó del taburete. Lanzarote del Lago había surgido de nuevo. Tenía una dama a quien defender de follones y malandrines. Aunque fuera a costa de su vida...

—¿Qué era aquello? ¿Por qué aquel temblor de tierra?

El rumor isócrono de las cintas, continuando su indiferente camino, llevando encima toneladas de carne humana viviente y mercancías, aumentó de repente su tronido.

Todos los ojos de los concurrentes en la cafetería se volvieron instintivamente hacia el exterior. Incluso el «barman» abandonó la lectura del periódico, olvidándose al momento de los pronósticos de próximo Derby de Kentucky.

El ruido, ominoso, aumentó de tono, mezclado con estridentes chirridos, y bien pronto se mezcló con gritos, que más bien eran alaridos de horror y pánico.

Esto ocurría afuera, en las cintas, y Louis se olvidó al instante de la secuestrada. Aun estando libre de servicio el deber se imponía por encima de todo. En las Rutas Deslizantes ocurría algo anómalo e inexplicable.

La gente corría despavorida. Pasaba de las máximas a las mínimas velocidades, sin preocuparse de los que arrollaban en su alocada huida, ante un peligro que Driscoll no podía ver.

Se plantó en la acera, junto a la cinta de nueve kilómetros, extendiendo los brazos.

— ¡Cálmense! ¡No pasa nada! ¡Solamente una falsa alarma!

Se le unió Paxton, tan desconcertado y alarmado como él. Querían contener a la espantada multitud, pero estuvieron a punto de

ser atropellados.

Ojos fuera de sus órbitas, rostros lívidos, miembros temblorosos, piernas transportando cuerpos con toda la fuerza de sus músculos, madres con sus hijos en brazos, aullando despavoridas, hombres con mujeres desmayadas abriéndose paso, sin reparar en los cuerpos que pisoteaban.

Un cuerpo humano, Driscoll no pudo precisar su sexo, pasó por el aire, como una bala. Derribó un montón de personas, destrozando miembros con los suyos ya destrozados y dislacerados, y una docena de gimientes seres unieron el coro de sus lamentos a la ya patética confusión que reinaba.

Louis se dio cuenta de que la cinta que bordeaba el andén había aumentando súbitamente su velocidad, pasando de nueve a noventa kilómetros en pocos segundos. Como solamente era para personas, éstas pasaban como verticales manchas de distintos colores, pero había una cosa con la que, al construir dicha cinta, no se había contado: el aire.

Hecha para una velocidad mínima, no llevaba parapetos protectores, y los hombres y las mujeres comenzaron a caer, como unidades de un trágico juego de bolos, en medio de desaforados gritos.

— ¡Detén las máquinas, Dan! —aulló Driscoll, presintiendo el desastre. Pero ya era tarde.

El público que huía del lejano rumor, cuyo tronar aumentaba por segundos, saltaba de acera rodante en acera rodante, ciegos todos, sin ver nada, tratando de escapar de la muerte, cuyos descarnados dedos ya comenzaban a agitarse, en la estación de la Sección Tercera.

Los primeros trataron de detenerse, imposibilitados de pasar al andén fijo, donde se hallaba su salvación, pero fueron empujados, contra su voluntad, por la masa que venía detrás y que apenas se había dado cuenta del detalle.

Los que viajaban en la cinta número uno chillaban también aterrorizados. Sus gritos se aproximaban, con una lejana y patética semejanza con la de una sirena policíaca, desvaneciéndose en un segundo. Los más precavidos se habían arrojado al suelo, disminuyendo así su resistencia al aire que, aunque permanecía quieto, por contraste parecía correr ya a más de cien kilómetros. Otros iban en cuclillas y ante sus ojos pasaban fugazmente las brevísimas imágenes, centelleantes de luz, de la estación. Y en aquel momento, los de la cinta número dos, de dieciocho kilómetros de velocidad,

empujados por los que venían detrás, comenzaron a pasar a la pista desbocada.

Caían sobre ella, agitando desesperada y ridículamente brazos y piernas. Alguno pasó, por la fuerza del empuje, al andén, estampándose contra el suelo, convirtiéndose al momento en una mancha sangrienta, cuyas salpicaduras mancharon las ropas de Driscoll.

Driscoll, sin saber las causas, contemplaba horrorizado la carnicería. Todavía, con ya más espaciados intervalos, continuaban cayendo personas de la cinta número dos a la uno, y cada vez que ocurría un accidente de esta índole, varios viajeros sufrían las consecuencias. Y así, la guadaña, invisible, pero no por ello menos eficaz, de la muerte, continuaba su macabra cosecha.

Todo ocurrió en poquísimos segundos, pero aún faltaba la segunda y más catastrófica parte del desastre. El ruido que se había oído a lo lejos y que, acercándose sin cesar, se presentó de repente en la anchurosa plaza.

La sangre se le heló en las venas a Driscoll y ya sólo pensó en su vida. Volvió las espaldas y se metió por la primera puerta que encontró.

La cinta de tejido de acero flexible había saltado por algún punto. Se acercaba, enrollándose sobre sí misma, desviándose con ligero balanceo a derecha e izquierda, sobre su eje longitudinal, dando de vez en cuando tremendos aletazos, envolviendo en sus espiras todo cuanto hallaba a su paso, que dejaba despojado.

Barrió la cinta número dos, partiendo cuerpos por la mitad, decapitando a hombres, mujeres y niños y los que resultaron indemnes, enloquecidos, despavoridos, gritando hasta enronquecer, saltaron a la cinta tres, buscando la salvación, pero en aquel momento la cuarta también se convirtió en una espiral.

Aunque su velocidad era ciertamente reducida, treinta y seis kilómetros a la hora, la tensión a que estaba sometida para evitar los naturales desniveles que hubieran aparecido al soportar los pesos de los viandantes y de las mercancías, hacía que la espiral, cuyo diámetro crecía constantemente, se enrollase sobre sí misma velocísimamente, atropellando todo cuanto encontraba al paso.

Bruscamente la acera de ciento treinta y seis kilómetros, la catorce, saltó también. Pareció convertirse en una cosa viva, una serpiente plana, maligna que esparció personas y fardos de mercancías

como si fueran simples granos de arroz.

Un automóvil que era transportado de la fábrica a su destino, saltó como si en vez de ruedas le hubieran salido patas de langosta. Volteando sobre sí mismo, dejando troncos sin cabeza, se detuvo, con gran fragor de hierros, contra la pared de una peluquería, que cedió con siniestro crujido. Mucha gente se había refugiado allí, y varios de los que no habían podido adentrarse más perecieron aplastados por los escombros y por la misma destrozada masa del vehículo.

Driscoll se decidió a salir de su refugio. Había que obrar y obrar rápidamente. ¿Qué diablos hacía Paxton que no usaba el mecanismo de alarma que detenía en pocos segundos todas las cintas?

Se lo explicó cuando lo vio en el suelo. Es decir, lo que de él quedaba. Tres cuerpos más habían sido lanzados al interior de Control Centro y el suelo era un lago de sangre, sobre a que resbaló Louis, cayéndose.

Se levantó rápidamente. No se cuidó siquiera de limpiarse las manos, con las que se había apoyado. Se quitó la americana y envolviéndose en ella el puño, golpeó el cristal del aparato de alarma. Tiró de la palanca e inmediatamente el ominoso zumbido empezó a decrecer de tono. Pero los gritos continuaban.

El zumbido del visoteléfono sonaba insistentemente. Driscoll dio el contacto.

—¡Sección Tercera! ¿Qué es lo que ocurre? ¡Hace un millón de años que estoy llamando! — vociferó el hombre sanguíneo, coloradote, que apareció al instante en la pantalla. Era Delos Blake, ingeniero jefe de turno.

—No lo sé, señor. Pero necesitamos inmediatamente auxilios. Las cintas corren desaforadamente, fuera de su velocidad, las que siguen corriendo, Tres o cuatro han saltado, enrollándose.

—¡Santo Dios! —exclamó ahogadamente Blake—. ¡Qué tragedia! ¿Muchos muertos? —inquirió.

—No puedo decirle la cifra, señor. Creo que será muy elevada — repuso Driscoll, echando una mirada al exterior, viéndolo sembrado de cadáveres, como si fuera un campo de batalla.

El ruido cesaba y los gritos también, al detenerse las cintas poco a poco.

—Le mandaré médicos por la cinta de máxima veloci…

—¡No! —cortó Louis—. Podría saltar también. Sugiero que paralice el tráfico hasta tanto se hayan averiguado las causas de la catástrofe. Usaré, con voluntarios, el equipo de emergencia.

—¡Paralizar el tráfico! —exclamó asombradísimo Blake—. ¿Sabe lo que está diciendo, Driscoll?

—Sí, señor. Me doy perfecta cuenta.

—¿Sabe, también, que el hacerlo costará una millonada a Rutas Deslizantes?

—Más le costará si no se hace una cuidadosa investigación. La gente volverá a los medios antiguos de locomoción y tendremos que pedir limosna.

—¿Y Paxton? ¿Dónde se ha metido Paxton? Es la hora de su trabajo.

—Paxton no trabajará ya más, señor — contestó apagadamente Louis, y Blake lo comprendió al momento.

—Está bien — gruñó —. Pararemos el tráfico, pero solamente por el tiempo indispensable. Enviaré un equipo que haga una revisión de las cintas que no han saltado y, si se encuentran en perfecto estado, las haré funcionar de nuevo. Usted vea de atender a los heridos.

—Y de paso envíeme un relevo —murmuró Driscoll, pensando con egoísmo en que si no se hubiera entretenido en tomar una copa, no se hubiera hallado en medio del barullo.

Salió fuera, saltando por encima de los ensangrentados cuerpos. Detenidas ya las cintas, los supervivientes que habían conservado la serenidad ayudaban a los que solamente estaban heridos. Vio a un hombre con hábito negro, cuyo alzacuello había pasado del blanco al rojo, con grandes desgarrones en la ropa, recorrer todos los sitios donde había cuerpos tumbados, murmurando unas palabras y haciendo la señal de la cruz. Pero también el sacerdote sangraba. Louis sintió súbita compasión por él.

—Padre: venga a curarse al botiquín de urgencia. No puede seguir así.

—Gracias, hijo. Hay almas que salvar. El cuerpo poco importa.

Driscoll volvió corriendo a Control Centro. Abrió un armarito y sacó de él todo el material que pudo hallar. Con los brazos llenos, se unió al sacerdote en su humanitaria tarea. Le limpió con un algodón la

frente y, entretanto éste daba la absolución a un moribundo, se la vendó.

—Soy el padre Connolly. Gracias de nuevo, hijo.

Le ayudó hasta sentirse exhausto, hasta que las piernas se negaron a sostenerle. Agotaron el yodo, el alcohol, la mercromina, las gasas, el algodón. Rasgó su camisa. El padre Connolly hizo lo propio con la suya. Pero era insuficiente. Aun habiendo numerosos muertos, los heridos también abundaban, a pesar de que los que habían salido indemnes trataban de socorrerles lo mejor posible.

El almacén de bebidas de la cafetería fue saqueado. Quienes lo vaciaron distribuyeron el alcohol equitativamente entre sus necesitados estómagos y las heridas de los caídos.

Súbitamente una brillante luz iluminó la escena y un grito general de alivio brotó de todos los pechos de aquella gente.

Un cuadrado de unos diez metros por lado se abrió en el techo del túnel, penetrando por él la luz a raudales. Del suelo se elevaron cuatro postes verticales de acero, surgiendo del suelo y enlazaron con cuatro muescas en el techo. Una plataforma comenzó el ascenso y, cuando regresó, bajaba llena de personas con blancos uniformes.

Los médicos y las enfermeras, los sanitarios y los auxiliares, en sucesivos viajes, en continuas oleadas, invadieron el lugar. Manos prácticas y hábiles curaron heridas y aliviaron dolores.

—¿El señor Driscoll?

—Yo soy — repuso éste, contemplando la figura que tenía delante.

—Me llamo Bob Gaynas. El ingeniero jefe me envía a relevarle. Puede marcharse tranquilo. Yo haré el informe.

—Gracias, Gaynas —Louis se sentía enfermo, cansado. La vista de tanta sangre le causaba náuseas.

Echó a andar hacia la plataforma que lo llevaría al exterior. Un coche y luego el aparcadero de cohetes, donde tenía el suyo para remontarse hasta su casa en la órbita.

Pasó por delante de la cafetería en ruinas. No se molestó en mirar siquiera. Ya lo había hecho antes y la hermosa desconocida que le pidiera auxilio había desaparecido sin dejar rastro.

CAPÍTULO III

Como en sueños, Miranda Blecking se había dado vaga cuenta de que estaba atravesando el país de costa a costa. La anestesia tan rudimentariamente aplicada se le había desvanecido prontamente, aunque no fuera de un modo completo, por lo que sus sentidos tardaron mucho en despejarse y, cuando se dio cuenta de que todas sus facultades sensoriales y musculares le obedecían de nuevo, se vio en la entrada de un subterráneo.

—¿A dónde me llevan ustedes? —preguntó.

—Cierra el pico, nena. Ya lo sabrás — le contestó uno de sus captores, con muy malos modos.

Otro de ellos, el que parecía mandarlos, le reprendió:

—¿Cuándo aprenderás, pedazo de zoquete — que no es necesario decir barbaridades para expresarse? Eres un idiota, Hanks. Señorita, le ruego nos perdone. Estamos obedeciendo órdenes y usted es el objeto principal de ellas. Compréndalo.

—Yo no tengo que comprender nada — repuso Miranda, disgustada —. Sólo sé que uno de ustedes ha matado al señor Gallahault y, por lo que veo, me encuentro a más de cuatro mil kilómetros de mi residencia habitual. ¿Puede saberse a qué se debe todo esto?

—Ahora no, señorita Blecking...

— ¡Ah! —cortó la joven—. ¿De modo que también están enterados de mi nombre?

—Y de muchas cosas más, señorita — replicó el jefe sonriente —.

Sin embargo, nos falta la principal, y usted nos la dirá.

—¿Yo? Están ustedes locos, si tal creen. La discreción es la norma principal de todo funcionario de «TODO, S.A.», y una confidencia hecha a uno de , nosotros es tan sagrada como el secreto de confesión — se escandalizó Miranda, ante el increíble hecho de que aquellos hombres pretendieran arrancarle un secreto que pertenecía a la Compañía.

Aunque Raymond Butters no era más que un pistolero alquilón y jefe de una banda de tales, no por ello dejaba de poseer cierto sentido del humor. Se echó a reír.

—Es usted muy optimista, señorita Blecking. Usted nos dirá todo lo que queremos saber. Y, si no, al tiempo. Ahora vamos a tomar una cinta deslizante y le daré un consejo muy útil, señorita.

—Haré precisamente todo lo contrario —desafióle ella, adelantando agresivamente la redondeada barbilla.

—No lo creo — rió de nuevo Butters —. Aunque nos quedásemos sin saber lo que nos interesa, no nos costaría mucho dejar convertido en una regadera ese cuerpo tan bonito. ¡Sería una lástima! — suspiró el pistolero, agregando finalmente —: Escuche y obedezca. Simule que va con nosotros de buen grado y ría nuestros chistes como si la hicieran mucha gracia. ¿Me entiende?

Miranda se dijo que no le quedaba otro remedio. Al fin y al cabo, el alto empleo de que disfrutaba la había vuelto eminentemente práctica y se dijo que, de momento, lo que interesaba era conservar la piel sin ningún desperfecto. Echó, pues, a andar, rodeada por aquellos cuatro patibularios tipos, introduciéndose en el túnel de Rutas Deslizantes.

Pagó Butters los cinco billetes. Gradualmente fueron pasando a las cintas de mayor velocidad, colocándose todos en la novena, a ochenta y un kilómetros por hora, para treinta minutos más tarde, iniciar el paso a una estación, en uno de cuyos establecimientos se metieron, por indicación del propio Butters.

—Tenemos que aguardar aquí —y no dijo más que tuviera relación con el asunto, comenzando una conversación intrascendente que a Miranda no le quedó otro remedio que seguir.

Pero entretanto su cerebro trabajaba activamente. Buscaba la forma de salir de aquel apuro. Estaba segura de que ni los mismos «gángsters» sabían mucho más que ella de su futuro destino y que tal

cosa dependería de la persona con quien tenían que reunirse en aquel lugar.

Su vista, en tanto seguía la conversación, recorrió desesperadamente todo el interior del local, buscando alguna persona en quien poder confiar, hasta que al fin creyó encontrarla.

Un joven alto, fornido, de unos treinta años, de descuidado cabello oscuro, con un rictus de energía en su cara, en la que, al mismo tiempo se notaba un tanto de cansancio, entró en la cafetería y se sentó exactamente frente a ella.

Por una vez en su vida, Miranda hubo de dejar el sentido práctico a un lado y confiar en las corazonadas. El instinto la dijo que podía confiar en aquel hombre y le miró fijamente. Movió los párpados, lanzando la señal internacional de socorro en Morse.

¡Qué tonto era aquel hombre! ¡Pues no la estaba mirando como un pasmarote! Miranda sabíase bonita y no lo podía remediar, pero aun cuando, como a toda mujer hermosa, no la disgustase la admiración, ahora lo que estaba necesitando era otra cosa: socorro, y socorro urgente.

Le lanzó repetidas veces el S. O. S., con subidas y bajadas de los párpados. Aquel hombre la miraba extrañado, sin comprender. Entonces, ¿por qué llevaba en la solapa de la americana la placa que lo denunciaba como ingeniero quinto de Rutas Deslizantes? Éstos sabían el Morse. No se sabe si un día puede ser útil si se estropean los demás aparatos de transmisión, y cuando ya más desesperada estaba Miranda, los ojos del ingeniero se movieron, dando el enterado.

Le dijo que estaba en un apuro y apreció al instante la expresión de él. Lo vio levantarse y dirigirse hacia la mesa.

Miranda se preparó. Su mano asió nerviosamente la botella, dispuesta al jaleo que se organizaría antes de cinco segundos, examinando atentamente la nuca más próxima, pero en aquel momento, un sordo rumor atrajo la atención de todos, incluido el joven ingeniero.

El rumor creció. Los gritos empezaron a desgarrar la atmósfera y todos los ojos se volvieron hacia el exterior, donde siseaban las cintas, y Miranda se sintió infinitamente desconsolada al observar que su presunto salvador echaba a correr hacia fuera, abandonándola a su triste suerte.

La joven apreció al momento la tragedia que empezaba a

desarrollarse en las cintas. Y ni corta ni perezosa comenzó a obrar.

Al mismo tiempo que la botella se abatía sobre la nuca de Butters que era el que tenía más próximo a ella, su otra mano empujaba la mesa, derribando con la misma a Hanks y a otro, quienes, sorprendidos, tanto por lo que ocurría fuera como por la inesperada reacción de Miranda, rodaron por el suelo, haciendo juego con el semidesvanecido Butters.

El cuarto forajido se levantó, echando hacia atrás la silla, pero su acción no fue, ni con mucho, tan rápida, como la de la muchacha. Ésta le ganó por la mano.

Tenía en ella los restos de la botella que rompiera contra el cráneo de Butters, asiéndola por el cuello. Suplió con los afilados bordes del cortante vidrio sus femeniles uñas.

El resultado fue que aquel pistolero se desentendió en absoluto de todo, dedicándose a restañar la ensangrentada faz, rajada profundamente por media docena de lugares. Miranda no se había andado con circunloquios ni cortesías.

— ¡Maldita gata! —le salió al paso Hanks, agarrándola por una mano.

Su desgracia fue que la muñeca sujeta fue la izquierda, En cuanto a la derecha no le dio tiempo, porque de nuevo la media botella entró en funcionamiento y Hanks notó perfectamente cómo el vidrio entraba en contacto con su maxilar superior, después de haberle atravesado la mejilla. Y todavía ésta y la botella continuaban juntas, cuando Miranda hizo dar a su mano una media vuelta, aumentando así los destructores efectos de su improvisada arma.

Hanks la soltó. No tenía otro remedio que atender a su quebrantada faz y allí se quedó, profiriendo espantosas maldiciones.

La mujer se recogió las faldas. Todavía iba con el largo traje de noche, que no se había quitado, pues se la habían llevado demasiado rápidamente para intentar un cambio de indumentaria. Saltó por encima de la barahúnda provocada, dándose cuenta de que el otro forajido, aún en el suelo, imposibilitado de levantarse todo lo rápidamente que quisiera embarazado por la mesa y las sillas que habían caído sobre él, trataba de asirla por un tobillo.

Los zapatos de noche podían ser livianos e inadecuados al propósito, pero como el pie que disparó Miranda acertó casualmente en el ojo del hombre, tuvo éste que desistir de sus propósitos. El dolor

provocado era demasiado intenso para pensar en otra cosa.

Vagamente se dio cuenta Miranda de la terrible confusión que reinaba en el exterior. Apreció cómo la gente corría, huyendo de las cintas, pero a ella le interesaba mucho más largarse de aquel lugar, antes de que sus cuatro captores reaccionaran. Ninguna de las heridas causadas era tan grave que les impidiera seguirla, por lo que, sin dudarlo un solo momento, saltó sobre la cinta de nueve kilómetros, que pasaba junto al andén.

Obcecada con la idea de la evasión, Miranda no se dio cuenta de que aquella acera corría a más velocidad de la indicada y cuando quiso reparar en ello, se encontró sentada. Lo achacó a sus nervios y se puso en pie, notando que a cada instante que pasaba el aire la golpeaba con más fuerza en el rostro.

Vio junto a ella caras alarmadas. La cinta ya había dejado muy atrás la estación de la Sección Tercera y los gritos de espanto comenzaban a ser demasiado numerosos para que ella, a su vez, no sintiera un cierto temorcillo ante su suerte futura. Según lo previsto, las cintas que tenía más inmediatas, a su izquierda, debían caminar más rápidamente que aquella en que se encontraba, pero no solamente ocurría lo contrario, sino que se quedaban muy atrás con gran rapidez, lo cual pudo apreciar en los puntos de referencia que eran los ocupantes de las restantes tiras. Solamente ya las del extremo izquierdo corrían más que la número uno y la presión del aire llegó a ser realmente insoportable.

Calculó que irían a más de cien kilómetros a la hora, pero antes de que pudiera tumbarse en el suelo, como era su propósito, un lejano rugido, acercándose gradualmente, pudo escucharse.

Miranda volvió el rostro alarmadísima. El estruendo aumentaba, llenando con sus resonancias el amplio túnel, y el suelo sobre el cual se apoyaba comenzó a vibrar espantosamente, como si la cinta estuviera dotada de vida propia. Y lo que vio la hizo quedarse rígida, resistiendo el aire como si tuviera los pies pegados al suelo.

¡La cinta se había roto y a causa de la tensión se estaba enrollando sobre sí misma, matando y destrozando a cuantos infelices viajeros tomaba en las garras de su espiral!

Creció el enorme caracol con grandísima velocidad hacia el punto en que se encontraba Miranda. Ésta recorrió con la vista, desesperada, frenéticamente, todo cuanto se encontraba a su alcance, en busca de una salvación, y no pudo ver más que otra cinta, completamente

parada en comparación con la que se había roto.

La espiral se aproximó velozmente, envolviendo en ella a todos cuantos encontraba a su paso, triturando los cuerpos de aquellos que no eran despedidos como balas por los fantásticos coletazos que pegaba la cinta. Y Miranda, resignada ya a lo inevitable, cerró los ojos.

* * *

Eran nueve ceñudos rostros los que se hallaban reunidos en la sala del Consejo de Administración. Nueve personas, con expresión de grave preocupación, ocupaban sendos sillones, en cada uno de cuyos respaldos había un número, correlativos del uno al diez. El sillón que tenía grabada la cifra cinco permanecía vacío, porque faltaba su ocupante, y el número uno se hallaba a la cabecera de la interminable mesa, dotada de diez teléfonos, diez carpetas, diez juegos de escritorio y diez ceniceros.

Fue a Fulton Granger a quien le correspondió tomar la palabra después de que hubo hecho la exposición de los acontecimientos, y preguntó:

—Y bien, señores. ¿Alguno de ustedes se siente capaz de hacer alguna sugerencia?

—¿Dónde está la señorita Blecking? —preguntó el número ocho, Jonás Whittaker y Granger se encogió de hombros.

—Ya lo dije antes. Aceptó la invitación de Farley Gallahault y salió a cenar con él. Después del asesinato ha desaparecido.

—¿No ha dicho nada acerca de su paradero? — la interrogante provenía de la estirada señorita Donaldson, número seis en la lista de directores primeros y, en secreto, celosa, por partes iguales, tanto de la juventud y belleza de Miranda, como de que tuviera que ir a la zaga de ella por solamente un número.

—Lo sabrían ustedes — repuso acremente Granger—: Tal pregunta es innecesaria. Demasiado pueden suponérselo. Les he reunido aquí para tomar una decisión con respecto al encargo de nuestro cliente, ya difunto. La empresa es difícil, pero no imposible. Ya saben el lema de nuestra compañía: «Cumpliremos el compromiso, aun después de su muerte..., siempre que antes haya pagado lo necesario.» Y es obvio decir que el cheque del señor Gallahault está aquí.

Granger levantó la tapa de su carpeta y sacó un azulado

rectángulo de papel, que pasó, con infinito cuidado de mano en mano, deteniéndose en el Número Siete, Pedro Da Cunha, un moreno sudamericano, que lo examinó pensativamente.

—¿Qué le ocurre, señor Da Cunha? —arqueó una ceja Granger.

—Creo que usted —replicó el otro lentamente —, es lo suficientemente listo como para no admitir un cheque sin provisión de fondos, pero a mí mismo me estoy haciendo una objeción.

—Formúlela sin el menor reparo — dijo el Número Uno cortésmente.

—¿Cubrirá la cuenta del señor Gallahault los gastos?

Granger se echó a reír sin ruido, suavemente.

—Lo pregunté personalmente al señor Potter, director del Primer ¿Banco Sideral. Me garantizó que podía llenar el cheque con una cifra cualquiera seguida de nueve ceros.

Alguien dejó escapar un silbido de admiración. La señorita Donaldson miró por encima de sus gafas de seca solterona al Número Tres, el rollizo Peterson, que enrojeció violentamente.

Tosió para disimular:

—Bien, yo opino que debemos poner mano a la obra...

—¿A qué obra, señor Peterson? — inquirió Wittaker.

—A la de rescatar a la señorita Blecking, naturalmente.

Los celos de la Donaldson saltaron a la palestra al momento:

—Opino que es mucho más interesante cumplir el encargo de Gallahault. Por otra parte —no pudo por menos de proferir la frase insidiosa—: ¿Estamos seguros de que fue raptada? ¿No se lar... ¡perdón!, no se fugó con los asesinos de nuestro cliente?

—Tales preguntas me parecen impropias, señorita Donaldson—la recriminò Granger—. De no confiar en ella, no pertenecería a la dirección de la empresa, y usted lo sabe bien. Por otra parte creo que se pueden compaginar ambas cosas.

—¿Emplearemos un detective para localizar a la señorita Blecking? —exclamó, con patente ingenuidad Peterson, y ocho pares de ojos lo miraron acusadoramente, ante lo cual el Número Tres enrojeció violentamente.

—Señor Peterson — empezó a decir Granger —, usted me recuerda a un amigo mío que murió hace unos años. Era médico, ¿sabe?, y una vez se le acercó alguien, conocido suyo, y le soltó un rollo acerca de una supuesta enfermedad, contándole toda la sintomatologia con la misma perfección que si fuera un profesor de Universidad. ¿Sabe lo que le contestó mi amigo, olvidándose de su profesión? ¿No? «Busca un médico», le dijo. Eso es, exactamente, lo que me ha recordado su pregunta. Sabemos todo, casi todo, mejor dicho; tenemos a nuestro servicio a los importantes Pinkerton, englobados en nuestra empresa y, ¿quiere usted que busquemos un detective? Dejemos ahora este asunto aparte. En cuanto salgamos de aquí me pondré en contacto con la agencia para que, por todos los medios, busquen a Miranda Blecking. Es muy importante. Tan importante que, de no ser encontrada, fracasaríamos por primera vez desde la fundación de la compañía, pues estoy absolutamente seguro de que quienes se la llevaron tratarán de hacerla hablar por todos los medios. Si tal desagradable contingencia ocurriera, y ustedes convendrán conmigo en que entra fácilmente dentro de lo previsible, ya podemos devolver el cheque a los herederos de Gallahault, los que no tardarían mucho en publicar nuestra ineptitud. Señorita Donaldson, señores —concluyó el Director Número Uno —, vamos a trabajar inmediatamente en desarrollar el plan para el cumplimiento del encargo.

* * *

A 29.000 kilómetros a la hora el cohete que transportaba en su interior a Louis Driscoll alcanzó la casa en la órbita. El nombre era lo de menos, porque no podía llamarse casa a una esfera unida a un cilindro girando velozmente a dos mil kilómetros de altura del planeta.

Louis movió una palanquita v un rayo de luz negra impresionó una célula fotoeléctrica que hizo abrirse, en dos mitades, la puerta que constituía la base del cilindro. Replegadas las alas del aparato, por otra parte inútiles allá arriba, donde no tenían aire en qué apoyarse, el aparato, merced a unos suavísimos empujones que le proporcionó un suplementario aumento de la energía, penetró en su hangar, cerrándose automáticamente las puertas apenas hubo desaparecido en su interior. Driscoll aguardó a que se encendiera el indicador de atmósfera respirable y, abriendo la cúpula de la cabina, se empujó con las manos para salir al exterior del cohete.

Caminó hacia la puerta de acceso a la esfera, que en realidad era la parte habitable de la casa. Procurando olvidar la catástrofe de que

había sido involuntariamente testigo presencial, suspiró gozoso al pensar en el descanso, tan necesario por otra parte, que le estaba aguardando.

Abrió la puerta. Realmente el anterior ocupante había sido un tipo adinerado, lo cual podía comprobarse con facilidad al echar una simple ojeada al lujoso mobiliario e instalación del habitáculo.

Quitándose las ropas sucias pasó al cuarto de baño. Después —pensó—, las arrojaría por el expulsor de desperdicios. Estaban hechas una lástima después de lo ocurrido.

Una hora más tarde, fresco, reconfortado, pasó a la cocina y se preparó una abundante cena. Era joven y su apetito el normal en una persona de su edad, por lo que llenó una bandeja con una serie de platos a cual más suculento, extraídos de las correspondientes latas de conserva, previamente calentadas las que así lo requerían y colocó por último una jarra de hirviente café.

Pasó al comedor y apenas había penetrado en la estancia, cuando se quedó súbitamente inmóvil.

Había motivos para ello. Tenía visita. Una cuádruple visita. Y todos ellos mostraban en sus rostros las señales de una reciente pelea. A ojo calculó Driscoll, con evidente exageración, que habían empleado unos cuantos metros cuadrados de esparadrapo en cubrir sus heridas aquellos individuos, de cuyas intenciones no podía dudarse mucho.

—-¡Vaya! —exclamó uno de ellos, que parecía un árabe, a juzgar por el turbante de gasas que le cubría el cráneo —: A lo que parece hemos llegado a tiempo para compartir su cena, señor Driscoll.

CAPÍTULO IV

El movimiento deslizante de la cinta se había refrenado bastante cuando el trozo que, arrollándose en espiral, continuaba causando estragos entre el gentío, se detuvo inexplicablemente a escasos metros de Miranda Blecking, sin que la mujer supiera el porqué de tan inesperada detención. Pero al mismo tiempo el pavimento se curvó hacia arriba, violentamente, sintiendo ella el fuerte impulso en las plantas de los pies, impulso providencial que la arrojó fuera, rodando sobre sí misma, de tal modo que cayó sobre la cinta de veintisiete kilómetros que ya también reducía su velocidad.

No había sido otra cosa que un enorme fardo de algodón el que había parado el mortífero caracol, precisamente por la misma blandura del material, pero la tensión era demasiada para que resistiera mucho tiempo y al fin la placa saltó también, continuando el suelo arrollándose hasta que se detuvo definitivamente, por sí solo, al alcanzar la altura del techo del túnel.

Apoyándose sobre manos y pies, Miranda procuró incorporarse. Más que dolorida, sentíase mareada, exhausta, tanto por la excitación nerviosa que le había producida su secuestro, como por los amargos momentos por que acababa de pasar.

Todavía se escuchaban los gritos de dolor y terror. Aun habiendo sido transportada, en poquísimos momentos, dada la enorme y anormal, al mismo tiempo, velocidad de la cinta, a varios kilómetros de la estación, no quiso volver a ella. Estaba segura de que sus captores, rehechos de la sorpresa que les había causado su escapatoria, tratarían de localizarla de nuevo, desentendiéndose en absoluto de todo cuanto significase labor humanitaria de socorrer a los supervivientes de la enorme catástrofe, y por ello, sacando fuerzas de flaqueza, comenzó a andar en dirección opuesta.

A doscientos metros se dio cuenta de que, con los zapatos que llevaba no podría seguir caminando mucho más tiempo. Tomó una resolución drástica: inclinándose, se los descalzó sucesivamente y los arrojó a un lado, sin preocuparse más de sus pies, a los que, por otra parte, dada la lisura del pavimento, no hacía falta ninguna clase de calzado.

Era una aspeada joven, con el pelo lacio, el rostro demacrado, la que llegó a la estación siguiente, distancia. Se metió en la cafetería más cercana y se fue derecha a la primera cabina de telefonovisión pública más cercana, pidiendo una conferencia interurbana. Mientras se la daban, se acercó al mostrador. Se sentía agotada y su cuerpo necesitaba alimentos y, sobre todo, un par de buenas tazas de café.

El murmullo de las conversaciones dominaba el ambiente. Todas ellas se referían al desastre y las primeras noticias hablaban de centenares de muertos, en cifra tal, que se aproximaba bastante al millar. Los heridos eran incontables, mas ella no prestó atención a los altavoces. En aquellos momentos se sentía, pura y simplemente, un animal necesitado de restaurar sus fuerzas.

Ordinariamente, Miranda seguía una cuidadosa dieta. Las preocupaciones estéticas de la mujer seguían siendo las mismas que ochenta años antes, pero ahora dejó la abstinencia a un lado y devoró, en un santiamén, como una fierecilla, todo cuanto la pusieron delante. Sin embargo, todavía no había acabado el segundo plato, cuando la avisaron de que su conferencia estaba a punto.

Fue un irritado director Número Uno el que apareció en la pantalla. Y por una vez, Fulton Granger perdió la compostura:

—¿Dónde diablos se ha metido, si puede saberse, señorita Blecking? ¿Sabe que toda la agencia Pinkerton en peso está detrás de usted?

—Pues ya puede cancelar las órdenes, señor Granger. Estoy —escorzó un poco el busto con el fin de alcanzar con la vista el rótulo indicador de la estación y continuó—: a veinte kilómetros de Los Ángeles. Le supongo enterado de la muerte de nuestro cliente, ¿no?

—Sí, desde luego. ¿Puede saberse qué es lo que ha ocurrido?

—Quienes se lo carg... ¡perdón!, los asesinos de Gallahault se acercaron a la mesa en que nos hallábamos, sin darme tiempo a huir. Me narcotizaron, sin darme cuenta...

—Como en una historia de «gángsters» — interrumpió mordaz Granger.

—Exacto. Celebro su perspicacia — replicó ella con no menor ironía —: Como iba diciendo, me hicieron perder el sentido y cuando me desperté ya me encontraba en la entrada de la Ruta Deslizante de Los Ángeles-San Francisco, recorriendo unos cuarenta kilómetros hasta que nos detuvimos en una estación y allí aprovechamos un espantoso

accidente... ¡Oh! —se interrumpió Miranda, angustiada al recordar las escenas de horror y espanto que había presenciado.

—Siga, siga — la apremió Granger, pero ya en todo más humano —. Estoy enterado de todo ello.

Respiró hondamente ella, tratando de recobrar la normalidad respiratoria:

—En el momento que empezó a producirse la tragedia, aproveché un descuido de aquellos bandidos y me escapé. Luego... Bien el caso es que he podido ponerme en contacto con usted, señor Granger.

—Me alegro mucho de que, en medio de todo, la cosa haya terminado bien para usted, señorita Blecking. Procure regresar cuanto antes. Nos está haciendo mucha falta. Ya hemos empezado a desarrollar el plan de Gallahault.

—A propósito. No digo si se sabe cuáles son sus asesinos, porque yo los conozco, aunque no sus nombres, pero sus fisonomías son fáciles de recordar. ¿Qué es lo que causó la muerte al señor Gallahault?

—Un arma antediluviana, querida. Una escopeta de aire comprimido. Por eso no pudo oír nadie el ruido del disparo, sencillamente porque no hubo detonación alguna. El descorchar una botella de champaña es mucho más estruendoso.

— ¡Ah! —dijo solamente Miranda, quedando pensativa. Reaccionó al cabo de unos segundos, exclamando —: En cuanto pueda estaré con ustedes. Hasta la vista.

—Hasta la vista — repuso Granger, en el mismo momento en que, cortada la comunicación, su imagen se difuminaba de la pantalla hasta desaparecer totalmente.

En extremo meditabunda regresó Miranda al mostrador, donde terminó su comida. Tomó el último sorbo de café y pidió un paquete de cigarrillos y encendió, sin reparar en un atildado caballero que, situado en el otro extremo de la barra, la contemplaba con una mezcla de atención y curiosidad.

Durante un buen rato permaneció inmóvil. Tuvo tiempo de sobra para quemar otro pitillo, sumida siempre en sus atormentadoras cogitaciones, y solamente cuando la colilla estuvo a punto de quemarle los dedos, pareció salir de su ensimismamiento. Volvió en sí, sobresaltada y llamó al «barman».

—La nota, por favor — y en el mismo instante se dio cuenta de que iba a ser protagonista primera de un enojoso incidente. En la confusión de la huida y subsiguiente catástrofe, había perdido su monedero y se hallaba literalmente sin un céntimo.

Se sonrojó cuando quiso hablar al camarero:

—Mire..., el caso es que con la confusión de la catástrofe... Yo estaba allí, ¿sabe? y...

—Yo no— respondió secamente el «barman»—: Págueme y cuéntele sus desgracias a quien quiera escucharla. Yo no vivo de palabras. Los bistés me cuestan caros.

— ¡Pero es que... no tengo un céntimo encima! ¡Soy Miranda Blecking! ¡Soy el director Número Cinco de...!

—Para mí, como si es usted el Presidente en persona. Yo lo que quiero es la cuenta y, si no tiene dinero para pagarme, aquí al lado hay una estación de policía, a los que podrá usted contar esa fábula.

—Perdone, señorita — intervino en aquel momento el atildado caballero que había estado contemplando a Miranda desde que se sentara en el mostrador—: Sin querer he escuchado la conversación y creo suponer se halla usted en un apuro. ¿Es cierto?

—¿Cierto? —rió el «barman» desagradablemente—: Está «pelada».

— ¡Cállese! —dijo el otro suavemente, en tal tono que el servidor obedeció al instante—. Discúlpele, señorita. Hay tipos que comen sus bistés de la misma forma que las vacas su alfalfa: saben que lo comen, pero no saben de qué se trata. Y éste es uno de ellos —mientras qué decía, arrojó desdeñoso un billete sobre el mostrador, que el «barman» se apresuró a tomar servilmente —: Permítame presentarme. Me llamo Hiram Scoresby, a su disposición por completo, señorita Blecking.

—Muchas gracias, señor Scoresby, pero... ¿cómo sabe usted mi nombre? No se lo dije.

—Lo oí —murmuró sonriente Scoresby, recogiendo el cambio y defraudando al «barman» que esperaba una propina regia—: Sé que usted se vio envuelta en el terrible accidente de hace unas horas. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Pues... —Miranda titubeaba—: No. sé si...

—Vamos, señorita. Si es dinero, dígalo sin rodeos.

—Es que en realidad yo no vivo aquí. A estas horas debería hallarme en Nueva York.

De nuevo sonrió Hiram Scoresby, agitando las manos:

—¿Por qué no lo dijo antes? En Los Ángeles Field yo tengo mi coche particular. Para mí será un gratísimo placer llevarla hasta su residencia habitual.

—Señor Scoresby, temo ser una carga demasiado molesta para usted.

—¿Molesta? Yo diría preciosa. ¿Vamos?

Accedió ella, suspirando gozosa por haber salido de aquel impresionante atolladero. Se echó a reír:

—Tiré los zapatos. Estaba tan atemorizada que me vine andando hasta aquí y, como me estorbaban, decidí prescindir de ellos.

—Puesto a prestarle ayuda, me permitiré acompañarla a unos almacenes en los que podrá equiparse. Hay salón de belleza también —insinuó él, hábilmente, y ella rió de nuevo.

—Falta me está haciendo —dijo, satisfecha.

Unas horas más tarde se encontraban en Los Ángeles Field. Examinó curiosamente el ahusado aparato, largo, brillante, plateado, que estaba siendo remolcado hasta la pista de despegue por un «jeep», y pensó que no era precisamente el vehículo de las personas de posición media. Aquel cohete debía haber costado una fortuna. Y, si Miranda no hubiera estado tan preocupada con el asunto Gallahault, se hubiera dado cuenta de que era un cohete de dos cuerpos, el primero de los cuales servía para el impulso inicial que lo arrancaría de la estratosfera.

Por ello se sorprendió enormemente, cuando ya en pleno vuelo, divisando perfectamente la negrura del espacio, sintió una ligera trepidación en la cabina, lo que la hizo dirigirse al propio Scoresby que era el piloto.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Oh! Nada. El elemento impulsor del combustible químico, señorita Blecking. Se ha desprendido y a una altura conveniente, automáticamente, se desplegará el paracaídas que frenará su marcha, permitiendo su recuperación. Ahora marchamos con propulsión nuclear.

—Pero... pero... —Miranda tartamudeaba atónita, sin comprender del todo, aunque la sospecha comenzaba a abrirse paso en su cerebro—: ¡La propulsión nuclear sirve únicamente para los viajes en el vacío!

—Ciertamente, señorita Blecking — sonrió mefistofèlicamente Scoresby—: Celebro infinito su cultura astronáutica. Y, para concluir de saciar su curiosidad, le diré que vamos a un pequeño satélite artificial, de mi exclusiva propiedad, situado a treinta y seis mil kilómetros de la Tierra. Espero que allí podamos sostener ima conversación para la cual destaqué a Raymond Butters y sus hombres, con el resultado que usted y yo conocemos.

Tardíamente comprendió Miranda que, de nuevo había caído en una segunda trampa. Tardíamente, porque ya no podía hacer nada. Ni siquiera intentar reducir a Scoresby, cosa que por otra parte no hubiera sido fácil, ya que no hubiera podido tomarlo desprevenido como a Butters y los suyos, sino que, aunque lo hubiera logrado hacerlo, no tenía la menor noción de la forma en que se pilotaba un cohete. Y tuvo que lamentarse de que entre los conocimientos que «TODO, S. A.», exigía a sus Primeros Directores no figurasen los indispensables para navegar por el vacío.

* * *

—¿Están ustedes seguros de que han llegado a tiempo para la cena? —preguntó irónicamente Louis Driscoll, sin soltar la bandeja repleta de alimentos.

Raymond Butters se le acercó lentamente. Se le veía a la legua la escasa costumbre de moverse en un lugar de poca gravedad. Pero su sonrisa era desafiante en sumo grado.

—Eso debiera decírselo el anfitrión —murmuró.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —preguntó Louis, ya sin la menor pizca de amabilidad en su tono de voz.

—Simplemente una cosa. Y no perderemos tiempo en decírsela. Usted nos vio acompañando a una dama en la estación donde ocurrió el accidente. ¿Qué es lo que ha sido de la mujer, y qué es lo que le dijo ella con los párpados?

—Pregunta usted demasiado, mi odiado desconocido — replicó Louis, procurando contener el furor que le causaba la invasión de que había sido objeto, furor que sólo podía compararse al hecho de que le hubieran turbado un descanso que necesitaba imprescindiblemente.

—Pregunto lo que me parece oportuno — dijo Butters, chispeándole los ojos—: Dígame. ¡Vamos, pronto!

Louis tomó la cosa con calma, filosóficamente:

—En primer lugar, dejando a un lado la inevitable consideración del evidente allanamiento de morada, debo decirles que no sé de qué me hablan. No conozco a ninguna mujer que fuera con ustedes y... —miró, tanto al que tenía más cerca, como a los otros tres restantes—, y si yo perteneciera al sexo contrario, me pegaría un tiro antes de acompañar a cualquiera de ustedes a otro lugar que no fuera a una jaula del Zoo, que es su perfecto domicilio. Y, por último, tampoco me dijo nada con los párpados, por las razones que acabo de explicar. ¿Está claro?

—Está... para otros que tengan tragaderas suficientemente anchas para dejarse colar esa serie de embustes —exclamó Raymond Butters, con dura voz—: Pero para nosotros, no. Usted nos dirá todo lo que deseamos saber, o de lo contrario...

—O de lo contrario, ¿qué?

Butters pensó que era hora de pasar de las palabras a los hechos y extendió su mano para asir la de Driscoll, pero el ingeniero no perdía de vista uno solo de los movimientos de su inesperado huésped, y antes de que éste tuviera tiempo de realizar sus intenciones, levantó la mano izquierda, arrojándole a la cara la bandeja con todo su contenido, coincidiendo con el pie del mismo lado, que se hundió en el vientre de Butters, quien salió violentamente hacia atrás, en medio de un tremendo estrépito de platos rotos, lanzando atroces juramentos.

Al ver a su jefe caer hacia atrás, retorciéndose, presa de crueles dolores en las regiones afectadas por los golpes, sus secuaces se levantaron y se arrojaron sobre Driscoll, pero no consiguieron encontrarle desprevenido.

Al unísono con el lanzamiento de la bandeja, su mano derecha había asido la cafetera, plena del hirviente líquido, el cual fue a parar totalmente contra el rostro de Hanks, haciéndole retirarse a un rincón a meditar la fragilidad de las cosas humanas en general y de su rostro en particular, que ya, en pocas horas, había sufrido dos ataques, con desconsoladores efectos para su integridad física.

Pero los otros dos asalariados del crimen no se arredraron por ello y cargaron contra el ingeniero.

Éste recibió al primero con un soberbio derechazo que lo dejó inconsciente en el acto. A consecuencia del impulso recibido y de la escasa gravedad, llegó hasta el techo, descendiendo luego con lentitud, hasta quedarse doblado en grotesca postura en un diván. Pero el otro, resultando indemne, arremetió con la cabeza baja, colocándosela en pleno pecho a Driscoll y dejándolo momentáneamente sin aliento.

El movimiento de su. antagonista lo había pillado de sorpresa, pero no tanto que le impidiera ver que el «gangster» daba un paso hacia atrás y se echaba mano al interior del traje, extrayendo de la sobaquera una pistola, que alzó, con la clara intención de golpear con ella su frente. Estaba visto que no querían matarlo, sino solamente tomarlo prisionero para obtener de él la información que, erróneamente, suponían en su poder, y, haciendo un supremo esfuerzo, se agarró a la muñeca, evitando por centímetros el golpe.

Vagaron ambos por la estancia, dando en ocasiones saltos que los separaban varios metros del suelo. Si la presa que Driscoll había hecho era segura, también su contrincante era fuerte y se resistía con todas sus fuerzas, pero éstas concluyeron cuando el codo del ingeniero entró en contacto con un ojo que ya fuera golpeado anteriormente.

Cedió el asaltante en sus propósitos y un «uppercut» al mentón lo dejó momentáneamente fuera de combate.

Louis se apoderó del arma, caída en el suelo, y, jadeante por el inesperado ejercicio, encañonó con ella a los derrumbados «gángsters».

— ¡Vamos, levántense y lárguense de aquí! No quiero verlos más por estas latitudes.

Pero en aquel instante ocurrió algo que no entraba ya en las posibilidades de cálculo de Driscoll. Apenas había pronunciado la frase conminatoria, cuando se dio cuenta de que el hombre del turbante de gasas sacaba la mano del interior de la americana, haciendo brillar amenazadoramente algo oscuro, de pavonado cañón.

Sin embargo, Butters tenía un encargo que cumplir y lo hizo a conciencia. En lugar de disparar, con el riesgo de herir a quien debían pillar prisionero, lo único que hizo, todavía en el suelo, fue tensar los músculos y arrojar la pistola contra la cara del dueño de la casa en la órbita.

Driscoll la vio venir, pero tarde ya. Ladeó la cara, no pudiendo evitar que fuera su mentón el que recibiera el golpe. Y allí acabó todo,

porque sus piernas se convirtieron en gelatina pura, negándose a sostenerle. Le pareció que la oscuridad del espacio circundante, moteado de millones de estrellas penetraba

CAPÍTULO V

La familia Grace se hallaba cómodamente en la terraza artificial de su satélite, igualmente artificial, colocado en una órbita a dieciocho mil kilómetros de la superficie del Planeta. El padre, Elmer, la madre Glynnis, y los tres niños, de edades comprendidas entre los diez y los cinco años, disfrutaban de aquel fin de semana orbital, que los excelentes ingresos proporcionados por los saneados negocios del cabeza de familia les procuraban.

Sin embargo, y a pesar de que en aquella casa en la órbita les daba ocasión de evitar los atestados fines de semana urbanos, en los que millones de americanos invadían todo lo que oliera desde diez millas a verde vegetación, el señor Grace no había querido que su satélite careciera al menos de un minúsculo jardincillo con el que recrearse la vista durante sus momentos de reposo, y así se había hecho transportar unas cuantas toneladas de tierra adecuada, en la que había sembrado las plantas que más le agradaban.

Cierto que, a consecuencia de la escasa gravedad, y a pesar de que el pequeño jardín estaba situado en el punto en el que la acción de la fuerza centrífuga, sustitutoria de aquélla, era más fuerte, los vegetales tenían cosas muy curiosas. Por ejemplo, su rápido crecimiento y su gran desarrollo. Pero ello constituía un motivo más de entretenimiento para Elmer Grace, porque así se pasaba el tiempo cortando tallos demasiado grandes, con algunos gruñidos de su esposa, a quien encantaban las desmesuradas orquídeas que allí crecían.

Asimismo podían curiosear en las otras casas orbitales, las cuales giraban a distancias variables, con círculos perfectamente delimitados, en distintos planos y a diversas distancias de la Tierra, que iban desde la que se hallaba en el borde justo de la atmósfera, a unos cuatrocientos kilómetros. Las primeras eran órbitas mucho más económicas, precisamente por la rapidez de giro, en tanto que las más alejadas lo hacían al mismo tiempo que el globo, en veinticuatro horas.

Sin embargo, aquel sábado, después de terminar de comer la familia Grace se trasladaron al jardín para reposar, y desde allí

pudieron apreciar algo raro.

El primero en darse cuenta fue el más pequeño de todos, Pete:

—¡Papá! —gritó—: ¿Qué es aquello?

Elmer Grace apartó su ojo del telescopio con el que estaba huroneando en la vida nocturna parisina y miró en la dirección que le indicaba su vástago:

—¡Cielos! —exclamó, y al momento hizo girar el telescopio sobre su trípode, enfocándolo sobre el punto luminoso que crecía en intensidad a medida que se iba acercando.

Apenas hubo situado aquel destello de luz en el campo visual, se quedó helado de terror. ¡Una casa se había salido de su órbita y se dirigía hacia ellos a grandísima velocidad!

Elmer Grace reaccionó como solamente podía hacerlo en aquellos momentos de apuros:

—¡Corred! —aulló descompuesto, lívidas las facciones —: ¡Al garaje!

Así llamaban al compartimento donde guardaban el cohete que los trasladaba hasta allí y, sin preguntar nada, obedeciendo todos al jefe de la familia, comprendiendo que cuando éste daba una orden de tan indudable gravedad, sus razones debía tener para ello, salieron en tropel del jardín, volando más que corriendo, pálidos, espantados, pero no tuvieron tiempo siquiera de levantar el techo de la cabina del cohete.

La casa que había perdido su órbita se echó encima de la del señor Grace con aterradora velocidad. El choque fue tremendo, espantoso, y los ocupantes de ambos satélites percibieron únicamente un espantoso trueno que fue la última sensación que tuvieron en esta vida, ya que inmediatamente ambos artefactos se confundieron en un solo y gigantesco fogonazo, que iluminó brevísimamente aquel trozo del espacio. Luego, convertidos los dos en un informe montón de chatarra, establecieron por su cuenta una nueva órbita, distinta de las establecidas anteriormente.

Los Grace, así como sus vecinos, a quienes no conocían, no pudieron ver que decenas y decenas de accidentes similares ocurrieron en el corto espacio de diez o quince minutos. Decenas y decenas de estallidos luminosos indicaron que, por alguna razón que nadie supo explicarse, las casas orbitales se habían lanzado unas contra otras,

ocasionándose así una catástrofe colectiva de incalculables alcances.

* * *

Huck Marsh estaba de guardia en la estación sideral. Ya faltaban pocos minutos para que el cohete, repleto de turistas, regresara de la Luna. Allí le serían descargados los motores nucleares con los cuales se impulsaba durante su viaje en el vacío, repostándole los depósitos de fluorina e hidrógeno, mezcla que, calentada hasta la ignición, le serviría, ayudándose además de las cortas aletas posteriores, para llegar al astropuerto.

Los ojos de Marsh iban alternativamente de la pantalla televisora a la de radar, y de éstas a los indicadores de aproximación, en los que la aguja señalaba automáticamente la distancia de la nave espacial a la estación, así como la velocidad de aquélla. Era el único que se hallaba en aquel momento en la cabina de control, y no hacía falta nadie más, porque el restante personal de la estación se estaba ya distribuyendo estratégicamente en sus respectivos puestos, a fin de que la operación de cambio de motores y reposición del combustible se hiciera en el mínimo de tiempo marcado.

Consultó de nuevo los indicadores y éstos le dijeron que la nave se encontraba ya reduciendo la marcha con objeto de entrar en la órbita del satélite. Dentro de cinco minutos a lo sumo la tendrían al costado, en la esclusa de aire.

Para entretener aquellos minutos, Huck llamó al piloto de la nave, Ellick Anderson, buen amigo suyo. Aquello sí que era disfrutar, viajando por los espacios y no lo que hacía él, dar vueltas y más vueltas alrededor de la Tierra en una monótona y aburrida labor.

—¡Estación Primera llama a WXC-27! ¡Estación Primera llama a WXC-27!

—¡WXC-27 al habla! ¡Ah! ¿Eres tú, Huck?

—El mismo que viste y calza. ¿Qué tal ese viaje?

—Aguarda un momento, Huck —y éste oyó un ¡click! Anderson se lo aclaró en seguida—: Tenía conectado el micrófono con la cabina de pasajeros, porque acababa de darles las últimas instrucciones. Chico, ha sido una lata.

—¿Una lata? —inquirió Marsh extrañado.

—Sí — suspiró Anderson —. En mi vida he visto montón de gente

más estúpida. Traigo tres o cuatro piernas rotas, ¿sabes?

—¿Qué les ha pasado?

—¿Qué quieres que les ocurra? Llegan a la Luna y, en cuanto se calzan el traje de vacío, salen fuera dispuestos a gastar millones de metros de celuloide en fotografías. Y una cosa que les gusta a todos es retratarse en el punto máximo de un salto de doce o quince metros de altura. Pero como no tienen en cuenta que si bien la gravedad es de uno sesenta y seis con relación a la de la Tierra, la inercia sigue actuando y, chico, ¡vaya manera de trabajar el médico de la expedición! Ha agotado todas las tablillas y el yeso. Parece que volvamos de la guerra. Lo que te digo, Marsh, idiotas perdidos.

—Me parece muy bien tu comentario, Ellick, pero me gustaría saber por qué no reduces tu marcha. ¿Te estás dando cuenta de que te vas a romper las narices contra la estación? Personalmente me importa un pitoche, pero que me las rompas a mí ya no me hace tanta gracia.

—¿Eh? ¡Canastos! ¡Pues es verdad! —y durante treinta segundos hubo un patético silencio, que rompió la voz angustiada del piloto espacial al cabo de dicho espacio de tiempo—: ¡Huck, Huck!

—¿Qué te ocurre, Ellick?

—Ni yo mismo lo sé. No puedo dominar la nave.

—¿Que no…? ¿Sabes lo que estás diciendo, Ellick? —exclamó alarmadísimo Marsh, consultando al mismo tiempo que hablaba los indicadores. ¡Se quedó aterrado! ¡La astronave aumentaba su velocidad!

—¡Ellick, Ellick! ¡Por lo que más quieras, Irena!

—¡No puedo, Huck, no puedo! ¡Los mandos no me obedecen!

El piloto del espacio cortó todos los gases. Paró los motores, cerró el paso del combustible a las toberas, pero todo fue en vano. Como si los mandos se hubieran vuelto locos repentinamente, la nave continuó ganando velocidad, hasta rebasar el límite de seguridad y de pronto la estación se hizo visible a los espantados ojos de Huck Marsh.

Pero la visión duró apenas una milésima de segundo. El tiempo que invirtió la nave en estrellarse contra la estación sideral, provocando una colosal explosión que incendió la eterna noche sideral durante un brevísimo instante. Y cuando todo hubo pasado, ya no quedó de aquellas maravillas astronáuticas más que una enorme mole

de hierros retorcidos que ni siquiera humeaban.

* * *

La rotura de las cintas de Rutas Deslizantes, en la Sección Tercera no fue la única catástrofe de tal género. Durante unos cuantos días, las tiras de tejido de acero flexible saltaron por todas partes causando innumerables víctimas. En otros puntos, el techo del túnel se hundió repentinamente, provocando irreparables desastres, cortando así bruscamente la marcha de las cintas, de modo que los viajeros que no habían sido alcanzados por el desprendimiento, se vieron proyectados hacia adelante con velocidad de proyectiles aquellos que viajaban en las tiras de máxima, matándose en el acto, resultando más afortunados los que en el momento del accidente eran transportados por las cintas de marcha reducida. Llegó a tal extremo la serie de catástrofes que Rutas Deslizantes hubo de cerrar y proceder a una cuidadosa investigación de la causa de tantas y tan inexplicables hecatombes.

Pero no solamente fue Rutas Deslizantes la única empresa que sufrió los efectos de aquella especie de locura colectiva que parecía haberse apoderado de todo medio de transporte. Los cohetes intercontinentales de pasajeros empezaron a estrellarse contra el suelo, impotentes sus pilotos de dominar las máquinas, o bien, en otros casos, remontarse hasta fuera de la atmósfera, en donde, por no estar construidos para el viaje espacial, estallaron como granadas maduras, reventando a causa de la excesiva presión interior.

Los desastres se iban sucediendo.

Los ferrocarriles monorraíl también padecieron las consecuencias de aquella locura del motor. La vía de un solo carril, sin empalmes, sin solución de continuidad, era, además de económica, velocísima, alcanzándose velocidades de cuatrocientos y quinientos kilómetros a la hora, velocidades que no eran reducidas en las curvas, puesto que en las mismas el convoy adquiría inclinaciones de hasta cuarenta y cinco grados con la vertical, pudiendo así resistir perfectamente la impulsión exterior de la fuerza centrífuga, en tanto que la cabina de los pasajeros no variaba de posición, debido a ir colocada en un eje que, merced a una serie de elementos giroscópicos hacía que permaneciera siempre en la misma forma, fuera cual fuera la inclinación del tren. Pero ni aun un convoy monorraíl es capaz de permanecer en la vía cuando su velocidad es duplicada repentinamente, por lo que en la primera curva saltó como si se hubiera convertido repentinamente en un cohete sideral, estrellándose contra el inmediato talud y sumergiéndose al momento en un mar de

llamas provocado por el incendio de los motores, inobedientes a la mano del conductor.

* * *

Flick Ortons se hallaba de guardia en el final de Market Street en San Francisco, dirigiendo el tráfico intenso, sin necesidad de alzar los brazos. Pendiente del cuello llevaba una cajita, en cuya superficie podían verse varios botones, con los cuales, y merced a ondas de radio ultracortas, manipulaba las luces de los semáforos.

— ¡Eh! ¡Oiga! —se dirigió abruptamente a un conductor que bajaba por la calle a toda velocidad, haciendo caso omiso de al luz roja que le cerraba el paso. Pero en vista de que no prestaba atención a sus vociferaciones, echó mano del pito, hasta que sus pulmones parecieron a punto de estallar.

Ni aun así consiguió que el desbocado automovilista se detuviera. El coche continuó ganando velocidad, como si se hallara en las quinientas millas de Indianápolis, haciendo que el irritado al par que estupefacto Ortons saltara a un lado, para no ser arrollado por el bólido, y éste continuó su loca carrera, hasta que la pared del edificio más próximo le salió al paso.

Hubo un tremendo estampido, un ruido de hierros rotos y vidrios astillados e inmediatamente se incendió el depósito del coche, envolviéndolo en la hoguera de la gasolina ardiente, lo que hizo que Flick Ortons se dirigiera al televisófono más próximo para avisar a los bomberos. Los médicos no tenían dada que hacer allí, se dijo.

Pero en el momento en que abandonaba su puesto para hacer la llamada, apareció otro coche, en dirección contraria a 1a de aquél, que aumentaba súbitamente su marcha. Pero, como el tránsito era intensísimo, se estrelló contra otro que iba en dirección opuesta, despidiéndolo y haciendo iniciar una serie de choques con desastrosas consecuencias.

Los ruidos de todas clases comenzaron a llenar aquel cruce. Sonaban continuamente los claxons avisando, pero era inútil toda señal acústica. Domínábalos el fragor de los hierros, los cristales rotos, los estampidos de los neumáticos estallando continuamente, convirtiendo aquel lugar en un remedo de un campo de batalla, en tanto que el montón de chatarra iba aumentando a medida que los coches, impotentes para ser dominados por sus conductores, se iban acumulando, e igualmente los cadáveres.

Muchos pilotos, enloquecidos ante su impotencia de sus maniobras para hacerse con el mando de su vehículo, saltaron de éste, sin importarles la enorme velocidad que en pocos segundos habían adquirido, pero lo hicieron para caer bajo las ruedas del que les seguía, y que los convirtió al momento en una masa de carne machacada, sangrienta, y huesos rotos.

Flick Ortons ya no podía ver la catástrofe, porque también se había convertido en un cadáver. Un coche, enloquecido al parecer, lo había embestido violentamente con la parte delantera.

Las sirenas de los coches de los bomberos se oyeron a lo lejos, sobre el estridor del espantoso tumulto, pero cuando sus conductores, al ver a gran distancia las llamas, intentaron reducir la marcha, se encontraron con que los mandos no les obedecían y se precipitaron, a toda velocidad, sobre aquella inmensa pira, cuyo fuego comenzaba ya a comunicarse a las edificaciones vecinas, puesto que el montón había salido de la calzada para llenar también la acera.

El humo, espesísimo, maloliente a causa de la goma quemada, llenaba el ambiente. Los gritos de terror, de dolor, de pánico, sobresalían en la tremenda confusión, y centenares de personas, muchas de ellas sangrantes, con las ropas desgarradas, corrían alocadamente de un lado para otro, en inútiles movimientos de histerismo, y que parecía que la locura de los motores se les hubiera contagiado a sus cerebros.

Pero no fue solamente en Market Street donde ocurrió la catástrofe, sino en toda la ciudad y con un intervalo de pocos minutos, de tal modo, que una hora más tarde, todo San Francisco se había convertido en un inmenso cementerio, no solamente de coches, sino de personas, sin que nadie ya se atreviera a usar un vehículo de motor.

* * *

El teniente comandante Eric Parker suspiró gozoso al ver el puente de la Golden Gate. Dentro de dos horas a lo sumo tendría despachada la documentación y podría echar a correr para ver a su novia, después de seis meses de estar destacado en Pearl Harbour.

Gin embargo, ni él ni ninguno de los que iban con él a bordo del destructor U. S. S. «Richmond», vieron a ninguno de sus familiares, porque el navío, sin causa aparente justificada, sin que los maquinistas pudieran contener la enorme marcha que adquirió repentinamente, se estrelló contra una de las pilastras del gigantesco puente colgante que,

aún trepidando alarmantemente, resistió el fenomenal choque, así como la subsiguiente explosión de las calderas del destructor, que en pocos segundos, y sin que ni un miembro de la tripulación pudiera salvarse, se hundió en las profundidades acuáticas, destrozado por completo.

CAPÍTULO VI

— ¡Hola! —dijo Louis Driscoll al recobrar el conocimiento.

El simple hecho de mover la mandíbula le causó intensísimo dolor. El golpe con la pistola arrojada violentamente por el «gangster» había sido contundente y el desmayo le había durado buen rato.

Por ello, al abrir los ojos, lo primero que vio fue un rostro femenino conocido, el rostro de aquélla que le pidiera socorro con el movimiento alternado de los párpados.

—¡Hola! —contestó ella—. ¿Se encuentra mejor?

Louis se sentó en el diván al cual fuera arrojado, y se frotó la mandíbula, notando que el dolor se desvanecía gradualmente.

—Sí. Gracias. El tipo ese que me sacudió hizo una diana perfecta. Me llamo Driscoll, Louis Driscoll, dama en apuros.

—Gracias, conato de defensor — respondió ella no menos desabridamente —. Mi nombre es Miranda Blecking.

—¿Continúa apurada o ha salido ya de su atolladero, señorita Blecking?

—Usted ¿qué cree? ¿Se ha fijado en el lugar en que estamos?

Louis acabó de levantarse y se aproximó a la amplia lucerna circular, examinando críticamente el panorama.

—Calculo que nos hallamos en un satélite artificial y desde luego no es el mío. Está mucho más lejos. Y, a propósito, ¿qué es lo que hace usted aquí?

—Eso es lo que yo quisiera saber — repuso cautamente Miranda.

No en balde había llegado a director Número Cinco de «TODO, S. A.», precisamente por una de sus mejores cualidades, que era la discreción y pensó que no convenía, de momento, confiarse a un desconocido, por más que ésta no fuera la palabra exacta con que calificar a Driscoll.

—Hombre — repuso él —: generalmente el raptado sabe los motivos de su secuestro. Al menos a mí me acusaron de estar en connivencia con usted, porque hubo uno de aquellos individuos que se

dio cuenta de sus movimientos de ojos. Lamento que el imprevisto accidente en las rutas me impidiera prestarle el auxilio que me pidió. Soy ingeniero destinado en aquella sección y acababan de relevarme cuando la vi. ¿Lleva usted mucho tiempo aquí, arriba?

—Escasamente media hora. Cuando lo trajeron a usted desvanecido, quise hacerle reaccionar, pero no encontré nada a mano. Hube de esperar a que recobrara el conocimiento —y luego acabó de explicarle todo lo que la había pasado desde el momento en que él echara a correr cuando las cintas deslizantes se «sublevaron», callando luego y quedando ambos un buen rato pensativos.

Louis fue el primero en romper el silencio.

—Y bien, yo creo, puesto que por ahora parece que estamos solos, que debíamos intentar algo para largarnos de aquí, ¿no le parece?

—Por mí encantada — repuso Miranda —. ¿Vamos, Driscoll?

Se encaminaron los dos hacia la puerta y la abrieron con toda facilidad.

—Esto sí que es raro — comentó, como monologando, el ingeniero.

—¿Qué es lo que encuentra usted de raro?

—Que nos hayan dejado así, tan libre, la puerta.

Salieron de la estancia y recorrieron todo el interior del satélite. Se dieron cuenta de que era bastante mayor de lo ordinario, pero no les interesaban sus dimensiones, sino el modo de marcharse de allí, cuanto antes, a ser posible. Por ello, y tras algunos titubeos y vacilaciones, ya que Driscoll desconocía aquel lugar que, por otra parte, era bastante diferente al suyo, logró dar con la entrada de la esclusa de aire. Hurgando en los mecanismos, encontró el que abría la puerta y, tras cerciorarse de que había atmósfera con la presión suficiente, la abrió.

—¡Lo que me suponía! —exclamó el hombre decepcionado.

—¿Qué es lo que se suponía? —preguntó Miranda, y él la miró con leve expresión de desdén.

—¿Qué se pensaba usted? ¿Que nos iban a dejar solos y de propina un cohete para regresar a la Tierra? Señorita Blecking, me defrauda usted.

Ella acusó el golpe, pero no contestó. En verdad, Driscoll tenía razón. Su pregunta había sido tonta y se mordió los labios al reconocer la justicia del reproche de su compañero de forzoso cautiverio. Pero no pudo evitar el inquirir:

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora?

—Cruzarme de brazos, o mejor dicho, encontrar algo de comida. Estoy desfallecido y esos granujas me la estorbaron cuando vinieron a buscarme. ¿Quiere seguirme?

—De acuerdo — contestó Miranda, y echó a andar junto al ingeniero sin fijarse ninguno de los dos en que la puerta de la esclusa se quedaba abierta.

Huronearon por todos los rincones de la casa orbital, pero no encontraron el menor rastro de una habitación que se asemejara a una cocina.

—¡Ni siquiera un paquete de cigarrillos! —se lamentó Louis, quien de repente exclamó—: ¡Caramba! Me parece que en esta puerta no nos habíamos fijado antes. ¿No lo cree usted así, señorita Blecking?

—Estoy con usted —y ella fue la primera en acercarse al objeto indicado, haciendo girar el pomo y soltando una exclamación de asombro al ver el interior de aquella estancia, tan grande por sí sola como el resto del satélite —. ¿Qué será esto, señor Driscoll?

—A ver. Déjeme pasar —. Entró y durante unos minutos permaneció admirando aquello, hasta que por fin exhaló un silbido—. ¡Fiuuu…!

—Pero, bueno, ¿puede usted aclararme de qué se trata?

—Si yo tuviera este laboratorio electrónico… Bien. Esto vale una pila de millones. El dueño de la casa debe de estar forrado de dinero. Sin embargo, yo me pregunto: ¿qué objeto tiene el poseer tamaño laboratorio aquí en las alturas?

Miranda no respondió. En realidad, no hubiera sabido decir nada, y apreció que el ingeniero se disponía a abrir la boca, cuando de repente una lucecita roja, situada encima del dintel de la puerta, comenzó a oscilar.

—Es la señal de alguien que se acerca. ¡Vámonos de aquí! — sugirió Louis, tomando de la mano a Miranda y echando ambos a correr, pero antes de que dieran media docena de pasos, una voz, sonando por un invisible transmisor, los detuvo en seco:

— ¡Eh! ¡Ustedes! ¿Qué diablos han hecho que han dejado abierta la compuerta interior de la esclusa!

Louis y Miranda se contemplaron mutuamente y de repente en el cerebro del primero se encendió la lucecita de una idea que él creyó su salvación. Pero antes de que intentara hablar, se le anticipó Miranda cuchicheándole al oído:

—Es Scoresby.

—¿Scoresby? No le conozco — se extrañó Louis.

—Sí —afirmó ella—. El dueño de esta casa orbital.

—¡Driscoll! —gritó Scoresby—. Cierren la compuerta interior. Tenemos que entrar.

—Me parece muy bien. Pero ¿qué harán ustedes, si me niego a ello?

A través de las ondas de radio le llegó el respingo de Scoresby. No obstante, su captor se rehizo pronto:

—Haga lo que mejor le parezca, Driscoll, pero para su buen gobierno le diré que nosotros nos hallamos aún dentro del cohete, y nos importa muy poco vaciar de aire la casa al abrir la compuerta exterior.

Louis volvió su rostro hacia Miranda. La estocada había sido certera, pero pronto encontró la manera de pararía.

—De acuerdo. Usted provoca el vacío atmosférico aquí. Y luego, ¿cómo se las arreglará para entrar y restablecer la presión normal?

Percibieron los dos prisioneros con toda claridad la burlona respuesta de Scoresby:

—¡Oh, no se preocupe por ello! Tengo a bordo un traje de vacío. ¿Qué, se deciden?

Louis se mordió los labios. Verdaderamente aquel individuo tenía respuesta para todo, aunque él encontró una manera que creyó definitiva para resolver aquella dudosa situación. Cogió a Miranda por un brazo, arrastrándola consigo, antes de que pudiera reaccionar, y la llevó hasta la puerta del laboratorio de electrónica.

—Por nuestra parte ya puede abrir la compuerta exterior, señor Scoresby. Ahora bien, le conviene saber una cosa y es que nosotros

cerraremos la puerta de su laboratorio. Aunque no creo que sea estanca, tendremos tiempo, antes de que se escape totalmente el aire, de causar una serie de estupendos destrozos en estos maravillosos aparatos. ¿Qué le parece?

Que su impacto había sido oportuno se lo indicó la sarta de maldiciones que le llegaron por las ondas, y Louis advirtió que de momento, y aun hallándose en una gravísima situación, eran ellos los que tenían la sartén por el mango. Dejó que pasaran unos minutos y al fin inquirió:

—Y bien, Scoresby, ¿qué es lo que ha decidido?

El silencio más absoluto fue la única respuesta que obtuvo. Ello no dejó de alarmarle y miró con expresión consternada a la mujer que tenía al lado. Al fin, resolvió hacer la primera parte de lo que había propuesto, meterse en el laboratorio, cerrando la puerta tras sí. Y lo hizo con oportunidad, porque en el mismo momento sintió el siseo del aire al escaparse violentamente.

—Esos tipos han sido muy capaces de abrir la compuerta interior. Pero si se creen que yo no tengo palabra... —y al mismo tiempo tomó una silla de tubo de acero, dispuesto a descargarla contra el primer aparato que tenía a su alcance.

Sin embargo, cuando ya estaba a punto de bajar el mueble que había enarbolado, Miranda le detuvo, tomándole del brazo.

—No haga tal, Driscoll.

—¿Por qué? —preguntó él extrañado, sin comprender la actitud de la mujer.

—Fíjese. Ya ha parado de escaparse el aire. Scoresby ya debe de estar aquí y...

—Yo creo que acierta usted con sus palabras — cortó la irónica voz del propietario de la casa, que había aparecido de repente en el laboratorio, todavía vestido con el traje espacial, sonriendo triunfador a través de la pelota de plástico transparente que era la escafandra.

—Señor Driscoll, opino que lo más conveniente para usted sería depositar en el suelo, con toda suavidad, la silla. Procure no causar ningún daño. Sentiría mucho tener que agujerearle el pellejo.

Louis miró la pistola que empuñaba firmemente Scoresby, con la que apoyaba sus pretensiones y suspiró, aparentemente resignado.

—Me parece que el mango de la sartén ha pasado a sus manos —dijo.

—Eso mismo creo yo — concedió benignamente Scoresby—. Vamos, deje la silla en el suelo o…?

A pesar de que habían estado conversando, Louis no había dejado de sostener el pequeño mueble sobre su cabeza, y bajó lentamente los brazos, más cuando tenía aquélla a la altura de los hombros, actuó de una manera violenta e inesperada.

La silla salió disparada, antes de que Scoresby pudiera apercibirse de la reacción del ingeniero, y le alcanzó en un hombro, haciéndole girar sobre sí mismo un cuarto de vuelta, lo suficiente para que Driscoll, en un magnífico «plongeon» se lanzara sobre él, atenazándole con una mano por la cintura y con la otra por la muñeca con que sostenía el arma, retorciéndosela y obligándole a soltarla. Pero había un inconveniente y era que no podía darle en el mentón un puñetazo que le hiciera desvanecerse, a causa de la protección que constituía la escafandra. Sin embargo, en tanto que rodaban por el suelo, en el consiguiente forcejeo, pronto halló el medio para reducir a su contrincante.

En una de las vueltas, su mano topó con la llave de paso del oxígeno. No le costó mucho cerrarla y, con un violento rodillazo, muy amortiguado por el natural acolchonamiento del traje de vacío, logró desprenderse de Scoresby. Hecho esto, se puso en pie y le cogió ambos brazos por detrás, al mismo tiempo que le decía:

—Bien, amigo Scoresby, yo creo que esta sartén es la mar de voluble. Ahora la tengo yo. ¿Qué le parece?

Pronto empezaron a notarse los efectos de la falta del gas vital. El rostro de Scoresby comenzó a amoratarse, y abrió la boca, jadeando en busca de un aire que no encontraba.

—¡Por favor, abra el paso! ¡Me… me ahogo!

—Lo haré, si nos promete dejarnos el cohete para marcharnos de aquí.

—¡Lo… lo que… quie… quieran! ¡Pero déme… déme pronto el… oxígeno!

—Está bien. Coja la pistola, señorita Blecking — y cuando vio que Miranda había hecho lo que le indicara, soltó a su prisionero, dando media vuelta a la llave del oxígeno. Lo arrojó contra un rincón, en el

cual se quedó Scoresby, jadeante, convulso, recobrándose, y se acercó a la mujer, tomándole la pistola con la que encañonó al dueño de la casa orbital.

—Vaya — comentó zumbón —. Ahora nos dirá usted qué interés tiene en nosotros. Me gustará saberlo.

Todavía medio sofocado, Scoresby sacó fuerzas de flaqueza para desatornillar los pernos que sujetaban la escafandra al aro del traje, v miró al ingeniero con una expresión, mezcla de desdén y rabia.

—¿Por qué no se lo pregunta a esa chica tan guapa que tiene a su lado? Ella está bastante enterada del asunto.

Driscoll la miró acusadoramente... y ella enrojeció. Trató de defenderse:

—Yo no sé nada. El señor Scoresby está haciendo unas suposiciones completamente gratuitas.

Louis estaba desconcertado. Por un instante pensó en que ambos interlocutores estaban confabulados, pero desechó la idea. Ella hubiera disparado contra él al hacerse con la pistola. Pero su cabeza estaba hecha un lío. Miranda trató de aclarárselo:

—Es cierto que yo estoy bastante enterada del asunto —dijo—, aunque no tanto como pretende el señor Scoresby. Driscoll, ¿ha oído usted hablar de «TODO, S. A.»?

—Sí; creo que sí. Es una empresa que hace todos los encargos deseados por el cliente, por raros que éstos sean. ¿Me equivoco?

—Acierta usted, pero le ha faltado un detalle. Cuanto más raro es el encargo, más elevada es la factura. Sin embargo, no es de tales cosas de las que debemos hablar ahora, sino de que por mi posición en la empresa...

—El director Número Cinco, no se crea — interrumpió burlón Scoresby, que ya se había puesto en pie —. Ahí donde la ve tan joven y tan bonita, vale en inteligencia lo que pesa en oro.

—Bien — continuó Miranda, impaciente, molesta por la interrupción así como por los irónicos elogios—. El caso es que determinado cliente nos hizo una petición que nosotros, naturalmente, estamos tratando de cumplir.

—Pero, como ese encargo está en contraposición con mis intereses — terció de nuevo Scoresby—, estoy tratando de que la

poderosa entidad «TODO, S. A.» conozca por primera vez el amargor de la derrota.

—Unas palabras muy poéticas — murmuró la mujer—, pero completamente fuera de lugar. Si recuerda que se halla en nuestro poder y que no nos iremos de aquí sin volar este laboratorio, podrá apreciar quién será el fracasado.

—¡No! —palideció Scoresby—. ¡La labor de toda mi vida! —y se acercó a la pareja, extendiendo las manos, como si quisiera impedir que realizaran aquello que Miranda había prometido. Pero Driscoll lo rechazó violentamente.

—¡Atrás! —dijo, amenazándole con la pistola—. No sé de qué se trata, pero me inclino a creerla a usted, señorita Blecking. Si tiene ganas de fuegos artificiales, por mí no vacile. Desde el cohete veremos saltar esto. Será un bonito espectáculo.

—Sí —murmuró ella, pensativa—. ¿Cómo? He ahí el problema.

—Si toma la pistola un momento, es muy probable que se lo solucione. Creo que mi carrera de ingeniero puede servir para ago.

Scoresby parecía resignado a la destrucción de su satélite con todo lo que contenía dentro, pero aun así quiso hacer un último esfuerzo por evitarlo.

—Estoy en sus manos — dijo —, pero recuerden que les acusaré de la destrucción de una propiedad privada. Ello les costará unos cuantos años de cárcel.

—No creo que usted se halle en condiciones de acusar a nadie —replicó Driscoll huroneando por todos los rincones —. Veremos a ver qué es lo que dice usted cuando el juez le pregunte por los motivos de nuestro secuestro.

—Le diré que no sé de qué me habla. ¿Cómo podrán ustedes probar la verdad de lo que afirman? En cambio yo sí que podré demostrar que ustedes destruyeron mi casa en su totalidad, y serán ustedes los que usen un pijama a rayas durante una buena temporada.

Driscoll estaba en cuclillas mirando algo debajo de una mesa y se levantó, mirando fijamente a Scoresby, quien, sabiendo que sus palabras, por ciertas, habían impresionado a sus dos interlocutores, sonreía burlonamente v se fue hacia él.

—Me parece que está usted hablando demasiado. Y me disgustan enormemente los hombres que parecen cotorras.

Antes de que Hiram Scoresby pudiera darse cuenta de lo que le iba a ocurrir, el puño de Driscoll ascendió violentamente hasta su mandíbula. El hombre puso los ojos en blanco y después se desplomó pesadamente.

Louis tomó por el brazo a Miranda.

— ¡Vámonos A fin de cuentas hemos conseguido lo que queríamos: librarnos de él. Su cohete está en la esclusa y nos servirá para llegar a la Tierra en poco tiempo.

CAPÍTULO VII

— ¡Estúpidos! ¡Idiotas! ¡Sois una cuadrilla de imbéciles! ¡No sabéis distinguir un cohete de un barco! ¡Valiente cuadrilla de majaderos se me ha ocurrido contratar! ¡Si hubiera tirado el dinero por la ventana, habría sacado más provecho!

Sin cesar de gritar, en extremo irritado, Hiram Scoresby recorría la habitación de un lado a otro, lanzando furibundas miradas a cuatro atemorizados forajidos, de cuyos rostros no se habían borrado totalmente las huellas de las heridas sufridas. De lo cuatro, Butters fue el único que se atrevió a hablar:

—Jefe, nosotros hicimos lo que pudimos y…

—¿Lo que pudisteis? —le interrumpió Scoresby, sarcàsticamente —. Un niño de pecho hubiera sido más eficaz que cualquiera de vosotros. Os recomiendo matar a un hombre y raptar a la acompañante…

—Ya «liquidamos» a Gallahault, jefe —extendió las manos suplicantemente Butters, reducido ya el turbante a una gran cruz de esparadrapo —: No se enteró nadie hasta que cayó al suelo.

—Sí, pero en la Estación Tercera de Rutas Deslizantes, donde habíamos quedado citados, la chica os dio para el pelo, ¿no es así? ¡Estúpidos! — repitió de nuevo —. Si yo fuera uno de vosotros y una mujer se me hubiera escapado de tan ignominiosa manera, ya me habría saltado la tapa de los sesos.

—Pero le trajimos al ingeniero. Ella se estaba comunicando con Driscoll por morse, y de no haber ocurrido aquel accidente, hubiera acabado por meterse en medio del público, con lo que la gente se habría enterado de lo que pasaba. Después de todo, fue una fortuna que ella se escapara. Total, usted la volvió a capturar otra vez.

—Sí, pero porque estaba al tanto, imbécil —y Butters se encogió como perro apaleado ante el duro calificativo. Scoresby continuó—: Y ahora largaos de aquí. Cumplid mis instrucciones y, si fracasáis, procurar no poneros delante de mi vista. No tendré contemplaciones con vosotros.

—Está bien — contestó mansamente Butters, tomando el sombrero y saliendo de la estancia Pero, cuando ya llegaba a la

puerta, se detuvo al escuchar de nuevo la voz de su patrón.

—Escuchad bien lo que os digo: en cuanto hayáis despegado, poned en funcionamiento el aparatito que instalé a bordo, al lado del indicador de altura. Basta con darle media vuelta a la llave. Y, si queréis conservar el pellejo, no lo desconectéis hasta que hayáis terminado el viaje.

Salieron los cuatro forajidos, rezongando en voz baia. Pero no les quedaba otro recurso que no fuera el gruñir y murmurar. La paga era harto espléndida, y por adelantado además, para que no soportaran todo lo que habían escuchado, y más que se le hubiera ocurrido decirles al encolerizado Scoresby.

Éste, una vez que estuvo absolutamente seguro de que se había quedado solo, abandonó la estancia y, cruzando una serie de habitaciones, con una llavecita de la que no se separaba jamás, abrió una puertecita que dejó ver una estrecha escalera, de veintitantos peldaños, por la que descendió a un laboratorio idéntico al que tenía en su casa orbital, pero que se hallaba situado bajo tierra, a unos cuantos metros de profundidad bajo el nivel de la superficie. Una vez allí, se absorbió en su trabajo.

* * *

El desconcierto más absoluto reinaba en la sala donde los Directores Primeros de «TODO, S. A.» acostumbraban a reunirse. Todos hablaban a la Vez, todos sugerían lo que debía hacerse y omitirse y, por primera vez en la historia de la poderosa organización, nadie se entendía. La señorita Donaldson se peleaba con Pedro Da Cunha, Granger con Peterson, y los restantes entre sí, sin lograr ponerse de acuerdo.

Las conversaciones eran cada vez más acres: subían de tono paulatinamente y el mismo Granger tuvo que interponerse entre Whittaker y Da Cunha, que amenazaban llegar a las manos, en tanto que la señorita Donaldson agitaba ya su bolso, dispuesta a dejarlo caer sobre la cabeza del rollizo Peterson.

Pero súbitamente, y sin que nadie lo indicara, se hizo el silencio más absoluto. Cesaron las conversaciones, todos concluyeron con los insultos y los dicterios y nueve asombrados y atónitos pares de ojos miraron hacia la puerta de la sala que se abría en aquel momento.

— ¡Señorita Blecking! ¿De dónde sale usted? — exclamó asombradísimo Granger, avanzando hacia ella, sin reparar en el

hombre que la seguía.

Donaldson se le anticipó en la respuesta, al reparar, aunque no lo conocía, en Louis Driscoll.

—¿No lo ve usted, Granger? ¿Dónde quiere que haya estado? Divirtiéndose, en lugar de regresar a donde la llamaba su deber.

La señorita Donaldson no podía perdonar a Miranda, más que la preeminencia en el Directorio, su juventud y belleza, sabiendo que el mejor de los cirujanos estéticos no lograría convertirla en una mujer hermosa, pero Miranda la contempló con ojos benignos.

—Es probable que me haya divertido. En todo caso he hecho algo que usted ignora por completo.

Se sofocó violentamente la señorita Donaldson, cuyo enrojecimiento aumentó al escuchar las comprimidas risitas de sus compañeros y se echó hacia atrás terriblemente ofendida, callando y apretando los dientes. Miranda continuó.

—No me he divertido, como pretende la señorita Donaldson. Después de escaparme, fui capturada de nuevo. Solamente gracias al ingeniero señor Driscoll, a quien tengo el gusto de presentarles, he logrado averiguar interesantes noticias y consumar mi segunda evasión.

—Pero, bueno, ¿puede saberse dónde ha estado? — interrogó Granger.

—En varios sitios a cual más interesantes. Uno de ellos, en cierto laboratorio situado en una órbita, a cuarenta mil kilómetros de distancia del planeta. Además, sé muchas cosas respecto al caballero que quiere impedirnos el cumplimiento del encargo del difunto Gallahault.

—¿Sí? —la exclamación fue unánime, y Driscoll fue olvidado ante la serie de increíbles incidentes que les narró Miranda, quien cuando terminó fue interrogada de nuevo por el Número Uno.

Dirigiéndose a Miranda le dijo:

—Todo eso está muy bien. Sin embargo, nos gustaría saber por qué se ha traído consigo al caballero, cuya ayuda no dudo le habrá sido valiosa, que ahora se encuentra fuera de lugar en esta sala.

—Plasta cierto punto, sí. Pero el señor Driscoll ha sido despedido de la Compañía Rutas Deslizantes, donde trabajaba, por no justificar

su ausencia debidamente. La historia del raptó no ha sido creída y la expulsión ha sido inmediata.

—¿Puede aclararnos qué es lo que nos importa a nosotros el despido del señor Driscoll, aun agradeciéndole los favores que haya podido hacerle? — inquirió abruptamente Donaldson.

Miranda sonrió graciosamente, en tanto que bordeaba la mesa e iba a ocupar su puesto habitual. Se sentó allí y dijo sencillamente:

—Los favores que me ha podido hacer el señor Driscoll, y por lo tanto a la empresa, ya se los he agradecido yo. Está a nuestro servicio.

—¿Cómo? — de nuevo se mostraron acordes todos los directores en la interrogación.

—Sí. Eso es. En buena parte, el señor Driscoll ya se halla enterado de lo que ocurre y no le voy a matar para hacerle cerrar la boca. Lo mejor es que trabaje para nosotros, asignándole un sueldo adecuado a su capacidad.

—Pero eso es antirreglamentario. No ha pasado los exámenes previstos y...

Miranda cortó secamente la objeción de Granger:

—También se sale fuera de lo normal lo que nos está ocurriendo. ¿Es que creen que nuestro prestigio ha de salvarse con subterfugios más o menos legales? Si opinan así, díganlo. Nada me satisfará más que abandonar este sillón. No me faltará un empleo apenas alce un dedo.

Granger se apresuró a intervenir, consternado: —No quise decir tal, señorita Blecking. Naturalmente que todo lo que haga uno de nosotros ha de darse por bien hecho, pero...

No completó la frase. El zumbador de un visoteléfono, el suyo concretamente, le interrumpió. Aquel aparato no tenía auricular ni micrófono. Bastaba darle a una palanquita para que las imágenes se reflejaran en la pantalla y hablar delante de ésta para que la voz fuera recogida por el micrófono situado al pie del aparato. Granger lo puso en funcionamiento, irritadísimo, poniendo como hoja de perejil al encargado de la centralita:

—¿Es que no sabe que cuando los Diez nos hallamos reunidos no debe interrumpírsenos por nada ni por nadie?

—No se ponga tan furioso — dijo la persona que había aparecido

en el rectángulo de vidrio y que no era otro que el sonriente Scoresby, tras haber conseguido la comunicación —. Está usted muy feo.

—¿Quién es usted? —aulló, descomponiéndose Granger.

Pero ya Miranda había reconocido aquella voz, ya que desde el lugar en que se hallaba situada no podía reconocer la fisonomía del comunicante. Se levantó y se acercó al aparato:

—Déjeme hablar a mí, señor Granger — pidió, y el hombre se apartó a un lado—. ¿Qué nueva barbaridad prepara ahora, Scoresby?

—¿Barbaridad? Bueno, si usted la llama así. Simplemente les haré una demostración de mi poderío... y todo ello, si no me prometen antes olvidar el encargo de Gallahault.

—¡Nunca! —rugió Granger—. Los deseos de nuestros clientes son sagrados para nosotros.

—Está bien. Allá ustedes. Pero que les conste que solamente su empresa y su tozudez, naturalmente, serán los únicos responsables de cuanto ocurra. Y ahora que ya están advertidos, adiós.

La imagen de Scoresby se borró al instante de la pantalla, cuando aquél cortó la comunicación. Granger se volvió apesadumbrado hacia el resto de sus colegas.

—¿Qué podemos hacer? —interrogó, y antes de obtener ninguna contestación, fue Driscoll el que se adelantó.

—Yo sé qué es lo que hay que hacer. Denme un par de auxiliares decididos, dispuestos a todo, y eliminaré esa amenaza.

La propuesta de Driscoll causó sensación. Pero hubo un director que saltó como si le hubiera picado un áspid. La señorita Donaldson:

—¿Quién nos garantiza que usted no se halla al servicio de ese Scoresby? — inquirió malignamente.

—¡Yo! —y todos los rostros se volvieron hacia Miranda.

El huesudo índice del director Número Seis se extendió acusadoramente hacia Miranda Blecking:

—Recuerde que en nuestra organización no valen corazonadas. Y, o mucho me engaño, o su corazón interviene más en esa garantía que su propio cerebro.

—Dejemos a un lado esos órganos. —Miranda empezaba ya a

cansarse de la constante hostilidad de Leyla Donaldson —. No nos queda otro recurso. Conocemos la madriguera de la fiera y, atacándola allí, podremos eliminarla. De lo contrario, podemos cerrar.

—Estoy con usted, señorita Blecking — dijeron al unísono varias voces al mismo tiempo que se alzaban otros tantos brazos en señal de aprobación. Granger resumió la conformidad general, con el voto en contra de Número Seis.

—Está bien. Driscoll, desde este momento usted se encuentra a nuestro servicio. Nos basta la garantía de la señorita Blecking y le aseguro que no quedará descontento de la remuneración. Ahora mismo me pondré en contacto con los Pinkerton. Les pediré dos de sus mejores hombres.

Ciento veinte minutos más tarde, dos hombretones fornidos, pero con aspecto, más que de lo que eran, de estudiantes aficionados al deporte, jóvenes, de franca y agradable mirada, se unían a Miranda y Louis. Se presentaron, dando sus nombres.

—Irving Bones.

—Glenn Smith — dijo el segundo.

Y en pocos momentos, el Número Cinco les enteró de lo más saliente del grave asunto, terminando:

—Y ahora lo más práctico es marchar hacia el astropuerto. Allí cogeremos el cohete de la compañía.

El propio Driscoll fue el que tomó el volante del coche que ya les esperaba abajo, colocándose

Miranda a su lado, y los dos detectives en el asiento posterior. Louis se fijó en sendos maletines que había allí, pero no les concedió, de momento, ninguna importancia. No obstante, antes de arrancar, Bones le alargó algo pesado, negro, reluciente:

—Se sentirá más tranquilo con esa pieza de artillería — dijo —. Nunca estorba.

Se la echó Driscoll al bolsillo, pisando el acelerador y sumergiéndose en el tráfico de la descomunal Broadway, sorteando con acierto cuantos obstáculos le salían al paso. Sin embargo, todavía no habrían caminado doscientos metros, cuando una lucecita roja se encendió en el salpicadero. Miranda conectó el televisófono, enlazado con la compañía por una onda privada, y la voz de la operadora resonó dentro del coche:

—Señorita Blecking; un tal señor Scoresby desea hablarle.

— ¡Scoresby! —murmuró ella atónita.

—El mismo — pudo oír por segunda vez aquella mañana su irónica voz —. Simplemente advertirles una cosa, ya que antes no me hicieron caso. Apéense cuanto antes del coche o de lo contrario se exponen a convertirse en puré— y, apenas pronunciadas estas palabras, su imagen se esfumó en la pantalla.

—¿Qué es lo que dice ese hombre? —gruñó Driscoll.

—Nos ha dicho que abandonemos el coche, pero no comprendo... —murmuró ella pensativa, y de repente, el vehículo pareció dar un salto hacia delante.

La luz se hizo súbitamente en el cerebro de Miranda.

—¡Frene! —gritó—. ¡Frene, por el amor de Dios!

Louis hundió el pie en el pedal correspondiente, pero éste no le obedeció. Por el contrario, el automóvil pareció ganar velocidad y vagamente se dio cuenta de que los demás coches que circulaban a su lado aumentaban también el tono de su marcha. Cortó el encendido, manipuló desesperadamente en el volante, tratando de esquivar los coches que parecían haberse vuelto locos, y al fin hubo de exclamar:

—No sé lo que pasa. Los mandos no obedecen.

Ya empezaban a producirse los primeros accidentes de tráfico. El guardia más cercano intentó inútilmente oponerse a la riada automovilística, agitando desesperadamente brazos y piernas, pero su gesto fue vano. Pereció arrollado por la masa mecánica, que continuó su camino, en creciente marea.

El coche en que iban Louis, Miranda y los detectives, comenzó a dar bandazos, motivados principalmente por los topetazos de los otros. Esquivó, con más fortuna que habilidad, dos ruinas ardientes, en cuyo interior se consumían los cadáveres de sus ocupantes, y siguió su alocada marcha.

—¡Tendré que tomar una solución heroica! — gritó para que le oyeran, pues el tumulto de claxons y choques era intensísimo.

—¡Hágalo, pero cuanto antes! —le replicó Miranda en el mismo tono —. De lo contrario, no saldremos vivos.

El espectáculo era espantoso. Por doquiera que dirigían la vista

sin solución de continuidad se veían accidentes: vuelcos, choques, incendios. Un automóvil, perdida la dirección, saltó violentamente la acera, continuando su camino hasta atravesar estrepitosamente la enorme luna de una tienda, en cuyo interior se precipitó a más de cien kilómetros a la hora, aplastando a cuantos infelices se habían metido allí en busca de un refugio contra el pandemónium mecánico desencadenado en la calle.

El coche que conducía Driscoll corría ya desaforadamente. Sudaba su conductor, sintiéndose empapado el tórax a causa de los esfuerzos que hacía para mantener una dirección lo más correcta posible, buscando aquella solución que había propugnado, pero antes de que pudiera hallarla, en forma de farola providencial contra la que chocar de costado, un fuerte empujón dejó el vehículo, durante unos segundos, con las dos ruedas en el aire, rasgando la seda del asfalto. Luego, recobró la perdida estabilidad, para saltar como corcel en concurso hípico, partiéndose el eje delantero en uno de los botes, y empezando a renquear el coche, sacando chispas del pavimento hasta que, girando sobre sí mismo, acabó por dar varias vueltas de campana sobre su eje longitudinal, con horroroso ruido de metales torcidos y cristales rotos.

Atontado, vacilante, notando que la sangre le corría por varios cortes en las manos y en la cara, Driscoll salió arrastrándose sobre el techo, pues habían quedado en posición invertida. Volvió la vista y apreció que Miranda se hallaba desvanecida, cubierta de sangre, pero en cambio, Bones y Smith habían escapado sin mayores daños, y se disponían a salir también de aquella ruina en que se había convertido el automóvil. Y no dejaron abandonados sus maletines, sin que Louis pudiera explicarse lo que contenían.

Pero tampoco era aquel el momento más adecuado para pedir aclaraciones. Sacaron a la inconsciente mujer del interior del coche. Driscoll la tomó en brazos y se dio cuenta de que, a pesar de sus heridas, respiraba todavía, lo que le alivió no poco.

— ¡Vamos, larguémonos de aquí! —dijo—. Este lugar no es bueno para la salud.

Pero apenas habían iniciado un movimiento de retirada, cuando la sangre se le heló en las venas. ¡Un pesado camión, de veinte toneladas, cargaba a toda velocidad sobre ellos!

* * *

En el subterráneo de su casa de San Francisco, Hiram Scoresby

sonreía satisfecho. Tenía, en aquel laboratorio, una enorme pantalla televisora, y se estaba frotando las manos de pura satisfacción al ver la serie de accidentes que ocurrían. Todo, todo le estaba saliendo a las mil maravillas. No habría quien...

Interrumpió sus meditaciones, que casi eran monólogos en alta voz. En el detector de alarma había visto brillar una lucecita que le indicaba que alguien, sin su permiso, acababa de entrar en la casa.

Frunció el ceño, encolerizado. Tanto como porque se le presentara un inesperado e inoportuno visitante, como porque le privaran de la contemplación de lo que él estimaba delicioso espectáculo.

Tomó, de uno de los cajones de una mesa, una pesada pistola que introdujo en el amplio bolsillo del batín de casa que usaba en aquellos momentos, y se encaminó hacia la escalera, subiéndola con firme y decidido paso. Llegó, en contados minutos, al vestíbulo, en el preciso momento en que un hombre, que al parecer le estaba también buscando, salía de la vecina biblioteca.

Tanto el dueño de la casa como el visitante, se detuvieron a unos pocos metros de distancia. Pero en las facciones de Scoresby se pintó el asombro más absoluto, enorme, palideciendo al instante.

— ¡Tú! —exclamó retrocediendo un paso.

Sonrió duramente el recién llegado:

—Sí. Yo. ¿Te extraña verme aquí? He venido para impedir tu criminal obra. Tu locura está causando innumerables víctimas. Hombres, mujeres, niños, están muriendo por tu causa, por una satisfacción egoísta de tu vanidad, pero he venido aquí para acabar con todo de una vez. Atajar el mal en sus raíces, ya que no he podido aplicar en ti el viejo aforismo médico: «Prevenir mejor que curar.» Pero, puesto que no tuve tiempo de prevenir, curaré, y de una sola vez.

El tono de Scoresby era altamente desdeñoso:

—¿Tú crees? —dijo—. Me parece que estás fanfarroneando demasiado. ¿Crees que podrás cumplir lo que prometes? Si antes no pudiste evitar lo que estoy haciendo, para demostrar al mundo la bondad de mi invento, ¿cómo lo vas a evitar ahora? — y dichas tales palabras sacó la pistola del bolsillo del batín, encañonando al recién llegado decididamente.

Volvió a reír Scoresby, satisfecho. De nuevo tenía todas las bazas en la mano:

—Estoy solo, mejor dicho, estamos solos en casa. Nadie se enterará de tu muerte y mañana por la mañana aparecerá tu cadáver, despojado de todo cuanto pueda servir para la identificación, flotando en las aguas de la bahía de «Frisco». ¿Qué te parece?

—Todavía no has disparado, Hiram. Aún vivo — replicó con toda calma el visitante, sin reparar, al parecer, en el arma dirigida contra su pecho.

—¿Que no? ¡Toma, pues! —y en el mismo momento apretó el gatillo.

Se tambaleó el recién llegado, oprimiéndose con ambas manos el pecho y, tras tambalearse unos segundos, cayó al suelo, en donde, exhalando un prolongado suspiro, quedó inmóvil.

Scoresby se acercó al caído y lo examinó con detenimiento. Tenía la cara hundida en la espesa alfombra y se la volvió con el pie, mas en el mismo momento dos manos le asieron por los tobillos, derribándole al suelo.

La pistola se le escapó al dueño de la casa, cogido por sorpresa, pero no por ello dejó de luchar con todas sus fuerzas contra el que había supuesto, durante unos momentos, muerto, y que había resucitado tan inesperadamente.

—Si hubieras sido un poco más listo — dijo el visitante—, hubieras reparado en la utilidad de las cotas de malla. Te conozco demasiado para no prevenir tus actos —y apenas había pronunciado tales palabras, cuando disparó su puño cerrado contra el mentón de Scoresby, quien retrocedió gruñendo, asiéndose a un pesado cortinaje para no caer.

Pero reaccionó al momento y se lanzó sobre su contrincante, enlazándose ambos en una furiosa lucha cuerpo a cuerpo.

En una de las acometidas, Scoresby se vio obligado a retroceder ante el empuje de su antagonista. Vacilando ambos, llegaron hasta la pared, al lado de una mesa en la que había un enorme jarrón de mayólica.

Conteniendo el aliento, soportando todos los golpes, Scoresby estiró la mano y, antes de que su encolerizado rival pudiera apercibirse de ello, lo asió, descargándolo con tremendo ímpetu sobre

su cráneo, antes de que pudiera hacer nada por evitarlo.

Brotaron algunos hilillos de sangre de la frente del herido, quien esta vez, y sin el menor fingimiento, cayó, perdida la noción de las cosas. Y Scoresby se inclinó sobre él, asiendo en el primer impulso la pistola, pero rectificando a continuación.

— ¡No! ¡No es ésta la muerte que tú té mereces!

CAPÍTULO VIII

De no haber sido por la serenidad y rapidez en la acción de los dos detectives, Bones y Smith, allí hubieran perecido los cuatro, aplastados por la enorme mole del camión que, rebasando los cien kilómetros a la hora, se les echaba encima, sin que su chófer, desesperado, frenético, pudiera hacer nada por conservar el gobierno del pesadísimo vehículo.

Louis, embarazado con el peso de la inconsciente Miranda, se quedó un segundo aterrorizado, incapaz de dar un paso, sabiendo por otra parte que serían perfectamente inútiles sus esfuerzos por salvarse. Pero tanto Bones como Smith, plantándose firmes sobre sus pies, sacaron, con fulgurantes y unánimes movimientos, como si se hubieran puesto de acuerdo, sus pistolas, y comenzaron a disparar contra las ruedas del camión.

Al estrépito de las detonaciones se unió el de los estallidos de los neumáticos, las llantas de cuyas ruedas, vaciada las cámaras del aire, tocaron el suelo instantáneamente, haciendo que el vehículo perdiera la dirección lo suficiente para desviarse un par de metros e impactar, con terrible fragor, contra la masa de coches, de la que ya salían abundantes llamaradas, que se comunicaron al momento al camión, incendiándole y haciéndole reventar sus depósitos de combustible, con lo que trozos enormes de su estructura volaron por los aires.

Pero éstos ya no tocaron a los cuatro compañeros. Apenas se dieron cuenta de que estaban salvados, echaron a correr lateralmente, buscando su salvación en la acera, y Louis algún lugar en el que restañar no sólo sus heridas, sino también las de la mujer que continuaba desmayada.

Tuvo que abrirse paso a viva fuerza por en+re el gentío que llenaba a rebosar una farmacia, enloquecidos todos en busca de remedios para las lesiones que habían sufrido. Los detectives le ayudaron y gracias a ellos pudo hacerse, en medio del frenético saqueo que no bastaba a contener los desesperados esfuerzos del dueño y sus dependientes, con unas cuantas vendas y un frasco de desinfectante.

Saliendo de allí, tuvieron que saltar lateralmente con gran precipitación. Dos coches, trabados entre sí por el choque que ya habían sufrido segundos antes, se arrojaron sobre el local, añadiendo

nuevas víctimas a las que ya había por las calles.

—Tendremos que abandonar el viaje por la superficie. Busquemos una entrada del ferrocarril subterráneo.

Asintieron los detectives. Les costó un ímprobo trabajo hallarla, no por la distancia precisamente, sino por los numerosos obstáculos que en forma de vehículos destrozados les salían a cada paso. Los accidentes iban menguando a medida que los vehículos se detenían, pero no por sí solos, sino por los impedimentos que en forma de otros volcados, paredes, farolas y demás accidentes de la orografía urbana se les ponían delante.

Así consiguieron llegar, al cabo de un buen rato, a la entrada del «subway», precipitándose por las escaleras abajo. Pero apenas habían entrado en los andenes, cuando se percataron de que allí dentro también reinaba la más espantosa de las confusiones.

Ningún convoy se detenía en la estación. Todos ellos pasaban a velocidades meteóricas, dejando entrever rostros asustados, que se asomaban a las ventanillas en súplica de un socorro que no les podía llegar de ninguna manera.

— ¡Santo Dios! ¡Qué tragedia! —exclamó Louis estupefacto, asustado, y apenas había pronunciado las precedentes palabras cuando el horror comenzó a adueñarse de la estación del metro.

Entrando por uno de sus extremos, rebasado el límite de seguridad, a toda marcha, uno de los trenes hizo su aparición.

A pesar de que normalmente rodaban a gran velocidad, la que llevaban era excesiva y, de súbito, una de las ruedas del coche motor saltó, apenas entrado en la estación.

El pesado disco de acero voló por los aires, segando cuerpos, rompiendo cráneos, matando infinidad de espectadores que aguardaban allá abajo, aterrorizados, a que la normalidad se restableciese en la superficie. Trozos de hueso y masa encefálica salpicaron a Louis, que continuaba con la inconsciente Miranda en brazos, en tanto que los empavorecidos aullidos de la multitud atronaban la atmósfera.

El inmenso gentío inició una estampida humana. Pisoteándose unos a otros, buscando los más fuertes, a costa de los débiles, su salvación, trataron de escapar a la hecatombe que se les venía encima, pero para la mayoría de ellos todo fue en vano.

Al perder la rueda el coche motor, se inclinó bruscamente hacia la derecha que, casualmente, era la del lado del andén. Durante un par de segundos el pesado vehículo saltó y rebotó sobre el andén, caminando, entre espantoso fragor de hierros sobre parte de éste, hasta estrellarse, con detonación comparable a la de cien cañonazos, contra la entrada opuesta del túnel.

Se arrugó literalmente, como si se tratara de un acordeón, aplastando a todos sus ocupantes. Y los que no murieron instantáneamente, lo fueron por el resto de los coches, que saltaron unos sobre otros, amontonándose en confuso revoltijo, cuyo estrépito impedía oír los gritos y ayes de dolor de heridos y moribundos.

En un segundo se formó una montaña de coches, completamente destrozados, convertidos en un inmenso cementerio, llenos de cuerpos sangrantes, rotos, dislacerados, pero, para aumentar el horror y el espanto de la terrible escena, otro convoy, éste viniendo por la otra vía, en dirección opuesta, se precipitó sobre los humeantes restos del anterior, contra los que se estrelló, llevándoselos consigo por delante unos pocos metros, antes de detenerse súbitamente, acumulándose los coches posteriores encima de los delanteros, volteando incluso sobre su eje longitudinal.

Todavía no había suficiente para que allí murieran centenares de personas. Al salirse los trenes de sus vías se estableció el cortocircuito con el tercer raíl, por el que circulaba la electricidad, llenándose el ambiente de los trallazos de las chispas eléctricas, que iluminaban con lívidos resplandores la estación, a oscuras por haberse roto las conducciones de luz.

Si ya antes había confusión y espanto, ahora, al sumirse en tinieblas aquel lugar, que con toda justicia hubiera podido calificarse de antesala del infierno, un infierno que ni el Dante hubiera sido capaz de imaginarse, pareció convertirse en algo de indescriptible horror.

Driscoll, con la inanimada mujer en brazos, teniendo delante a los detectives que, instintivamente, se habían colocado en tal posición para protegerlos, soportó como pudo el huracán de la gente que, habiendo salido relativamente indemne, corría aún en busca de una huida a la muerte, pisoteando cuerpos caídos, sin atender a las súplicas angustio- sas de los heridos ni ver, en su misma ceguera, otra cosa que no fuera el escapar de allí, al precio que fuera. Sintió crujir los huesos aplastados por los pies, oyó lamentos, maldiciones, injurias, y el tiempo se le hizo interminable hasta que casi de súbito se hizo el silencio, el silencio en lo relativo a los gritos y sonidos de material

destrozado, porque los lamentos continuaban, bien que disminuyendo gradualmente, pero con un patetismo mayor cuanto menos se escuchaban.

— ¡Vámonos! —sintió junto a su oído la voz de uno de los detectives —. Creo que esto ya se ha despejado un tanto.

Una lucecita se encendió junto a él. Bones había prendido una cerilla y, a su vacilante llama, que apenas despejaba la oscuridad en un radio de tres o cuatro metros, caminó por aquel andén, lleno de cuerpos tendidos, aplastados, desgarrados, sobre el suelo, cuyo tono gris se había transformado en otro rojo, rojo por completo, a causa de la sangre que invadía el pavimento, corriendo en arroyos hasta desembocar en las vías.

Alguna mano se alzó suplicante del montón, pidiendo un auxilio que ninguno de los cuatro se hallaba en condiciones de prestar. Otra misión mucho más urgente les aguardaba.

A su pesar, aun no queriéndolo, tuvieron que pisar muchos cuerpos, ya que apenas había espacio para colocar los pies. La escalera se hallaba igualmente sembrada de hombres, mujeres, niños, que habían sucumbido cuando ya creían tener la vida al alcance de la mano.

No menos pavoroso era el espectáculo del exterior. Ya se había interrumpido totalmente la circulación, pero más de un millón de coches no se detienen súbitamente, tras haber sido empujados por alguna causa desconocida a velocidades exorbitantes, sin causar innumerables víctimas. No pudiendo funcionar tampoco las ambulancias, también destrozadas la mayoría de ellas, los heridos estaban siendo atendidos por las fuerzas del Ejército, así como por infinidad de voluntarios que, por hallarse en sus casas, o siendo simples peatones, en el momento de la locura de los motores, habían salido indemnes.

La Cruz Roja había montado un puesto en Times Square. Allí tuvieron la suerte de que Miranda fuera atendida rápidamente.

—La enviaremos a un hospital — dijo un coronel médico.

—Gracias, señor —repuso Driscoll—. Su cama podría hacer falta a otra persona más necesitada. Creo que en casa podrá reponerse.

—Muy bien — repuso el doctor. La solución sugerida le pareció muy aceptable—. Así como así, los heridos son por decenas de miles. Es la peor catástrofe que he presenciado. La muchacha no tiene más

que una simple conmoción cerebral. Con veinticuatro horas de cama se levantará como nueva. Los rasguños no revisten ninguna importancia.

—Gracias, doctor — repuso Louis, continuando con Miranda en brazos. En tanto que la atendían había hurgado en su bolso y, por la tarjeta de identidad, averiguado el domicilio.

Veinticuatro horas más tarde, una débil Miranda Blecking, con una tira de tafetán en la frente, y algunas más repartidas equitativamente en los bien contorneados brazos, se sentaba en la cama al ver aparecer a Driscoll con una bandeja repleta de alimentos en las manos.

Sonrió el ingeniero:

—Usted me contrató a su servicio. No me diga que no hago honor al empleo. La señora está servida.

—Gracias, Driscoll. Es usted muy amable. Le debo la vida.

—¡Bah! No se hable de ello. Sin embargo, le diré una cosa. ¿Sabe que la envidio?

—¿Sí? ¿Por qué?

—Tómese esta taza de caldo y se lo diré — se la alargó y ella la tomó con evidentes muestras de placer —. Tuvo usted la fortuna de perder el conocimiento. Se evitó con ello el presenciar unas escenas espantosas.

—¿Qué dicen los periódicos? —inquirió Miranda entre sorbo y sorbo.

—No le recomiendo su lectura — dijo Louis, tomándole la taza—. Se marearía, francamente. Se calcula que han sido casi cien mil los muertos y más de medio millón de heridos los que ha ocasionado la catástrofe de ayer. Se ha declarado provisionalmente la ley marcial. Los hospitales se hallan abarrotados. En algunos lugares ha habido que incinerar los cadáveres por no haber tiempo suficiente para enterrarlos ante el temor de que pudiera declararse una epidemia. Brigadas enteras de descombró andan retirando los restos de un millón de automóviles convertidos en miles de toneladas de chatarra, pero la cosa irá para largo. Los que trabajan, naturalmente, tienen miedo de que la cosa se repita y van muy despacio sobre los escasos vehículos que pudieron salvarse de la quema.

—¡Oh! ¡Qué cosa tan horrible! ¡Y pensar que ha sido causado

solamente por la ambición de un hombre!

—¿Un hombre? —rió amargamente Louis—. Diga usted mejor un degenerado, un infrahombre, en el que su cerebro ha perdido totalmente su corteza, para convertirse solamente en un deformado hipotálamo, el lugar en que se asientan los instintos, que en su caso no pueden ser más bajos y perversos. Y, una cosa, si no le echamos pronto el guante, Scoresby concluirá por arruinar totalmente a la nación. Provocará catástrofes como la de ayer, y ya nadie querrá subir en un vehículo por no perder la vida. Nuestra civilización está basada en el transporte, lo mismo humano que de mercancías, y si los accidentes continúan produciéndose, es imposible predecir lo que puede pasar. O, mejor dicho, sí puede adivinarse el porvenir: todos nosotros nos encontraremos inermes a disposición de ese loco.

—Es cierto —musitó Miranda pensativa, deteniendo la cuchara a mitad del camino del plato a su boca, porque en aquel mismo momento unos nudillos sonaron en la puerta.

Irving Bones y Glenn Smith penetraron en la habitación.

—¿Cómo se encuentra, señorita Blecking?

—¿Está ya mejor?

—Sí, gracias — sonrió ella —. Creo que dentro de muy pocas horas podré levantarme.

—No — cortó Driscoll enérgicamente —. No, en tanto no se haya restablecido por completo. Debe estar segura de que sus fuerzas no le fallarán en cualquier momento. Además, ¿estamos ciertos de que el cohete que nos debe llevar hasta la guarida de ese Scoresby no nos hará una jugarreta durante el viaje?

—Podemos llevarnos paracaídas —sugirió ella ingenuamente. Y Driscoll se echó a reír. .

—Me gustaría saber la utilidad que le encontraría usted a ese artefacto si el cohete cayera hacia la Tierra a dos mil kilómetros por hora. ¿Cree que podría salir siquiera de la cabina?

—Podríamos navegar a baja altura y con velocidad reducida.

—Sí... —meditó Driscoll—. No está mal la solución... si hallásemos un aeroplano de tipo anticuado, porque el cohete, a menos de mil kilómetros por hora, no tiene sustentación. La superficie de sus alas es escasísima. Pero dudo mucho que encontremos lo que necesitamos si no vamos a un museo y...

El zumbador de la puerta le cortó la frase, sin dejársela terminar.

Los cuatro ocupantes del dormitorio se miraron mutuamente, con aprensión.

—¿Quién será? —habló Miranda, interpretando el sentir general.

—La pregunta tiene fácil respuesta —dijo Louis —. Iré a ver de quién se trata.

—Aguarde un momento — rogó Bones —. Nosotros le acompañaremos. — E hizo un significativo movimiento de cabeza a su compañero, quien se levantó de la silla en que se sentara al entrar, uniéndose a los otros dos que ya se encaminaban hacia el «hall», en dirección hacia la puerta.

Antes abrieron los maletines, explicándose Louis su hasta entonces inexplicable objeto, al ver salir de ellos dos relucientes «Thompson». Las palancas de carga de éstas fueron movidas con suavidad, evitando el ruido, y Bones y Smith se colocaron al lado de la puerta, en tanto que el ingeniero la abría.

Fue empujado violentamente al ceder el pestillo. Cuatro hombres mal encarados, portando sendas pistolas, hicieron irrupción bruscamente, encañonando a Driscoll y haciéndole retroceder.

— ¡Vaya, pero si son mis viejos amigos! ¡Los huéspedes de mi casa orbital! —exclamó zumbón.

—Los mismos — replicó con muy poca cortesía Butters —. Levante las manos y rasque el techo si no quiere que le llenemos el estómago de plomo.

—Creo que esa misma frase la dicen en las novelas del Oeste, ¿no es así?

—Déjese de chungas y díganos dónde se halla la chica. Usted y ella tienen que venirse con nosotros.

—¿Usted cree? —dijo en aquel momento una voz a espaldas de los «gángsters» y éstos se volvieron como picados por un áspid.

Pero no hicieron el menor movimiento para disparar. Las dos pistolas ametralladoras que los detectives de «TODO, S. A.», sostenían firmemente, con el dedo encorvado sobre el gatillo, eran argumentos más que suficientes para que, sin necesidad de más palabras, sus manos aflojaran la presión y sus armas cayeron sordamente al suelo.

—Creo que quienes van a estropearse las uñas son ustedes — ironizó Louis, ordenando acto seguido—: ¡De cara a la pared y los brazos bien altos! ¡Vivo!

Obedecieron los chasqueados forajidos, y Bones entregó su pistola a Driscoll, dedicándose aquél a registrarlos concienzudamente, cosa que hizo con la rapidez y destreza inherentes a su oficio.

—Bien — exclamó cuando terminó, volviéndose hacia Driscoll. Creo que estos tigres ya no tienen ni uñas, ni dientes. Ahora podremos enterarnos del objeto de su visita, ahora que es fácil la conversación tranquila.

—Opino como usted, Bones — dijo Louis —. ¡Eah! ¡Vosotros, enseñad esas caras!

Obedecieron Butters y sus compañeros, en el preciso instante en que Miranda, con una bata encima de la ropa de cama, salía al vestíbulo.

—¿Ha visto alguna vez unos cuantos chimpancés fuera de la jaula? —preguntó el ingeniero, mordaz—. ¿No? Pues fíjese bien en ellos. La ocasión es única. Ahora nos contarán estos granujas los motivos de su visita.

—Eso es lo que usted espera —replicó acremente Butters —. Le recomiendo que tome una silla. Se cansará menos.

—¿Quiere hacer el gracioso, eh? — terció Smith, avanzando hacia el pandillero, alzando la culata del arma, dispuesto a estampársela en el rostro —. Tengo algo aquí capaz de desatar la lengua del más reacio.

—¡Alto! —cortó Driscoll, y Smith se volvió, sorprendido—. Aquí no. Hay damas delante. Sería una horrible falta de galantería. Señorita Blecking, ¿quiere regresar a su habitación? En este lugar van a pasar cosas que a usted no le conviene ver.

Media hora más tarde, un abatido y maltrecho jefe de cuadrilla de «gángsters» confesaba todo lo que sabía, que no era gran cosa ciertamente, de no ser el domicilio terrestre de Scoresby.

—Tendremos más que suficiente — declaró el ingeniero.

—Sí — comentó Bones —, pero ahora resta un problema: el del viaje hasta allí.

Louis pareció meditar unos momentos y luego su rostro se

iluminó:

— ¡Naturalmente! ¿Cómo no me habré dado cuenta antes? Tenemos la solución en las manos y no lo habíamos visto. Estos tipos han atravesado la nación de parte a parte, sin temor a que su vehículo, sea el que sea, y seguramente se trata de un cohete, sufra esa extraña locura del motor. Los obligamos a que nos conduzca uno de ellos y, ¡ya está!

* * *

El porrazo que sufriera el visitante de Scoresby había sido lo suficiente para llegar a la noche y continuar todavía sin conocimiento, de lo que se aprovechó el criminal para cargárselo a la espalda y llevarlo hasta el coche que tenía a la puerta.

Sonrió mefistofèlicamente Hiram Scoresby. El hombre que tenía su secreto, el único que hubiera podido laborar en contra suya con ciertas probabilidades de acierto, estaba ahora inerme, sin conocimiento. Y esa pérdida de conocimiento sería definitiva. Jamás volvería a recobrarlo. El «accidente» que sufriría sería la manera más eficaz, y al mismo tiempo más discreta, de eliminarlo. No correría, pues, el riesgo de una subsiguiente investigación al hallazgo del cadáver. Las lesiones producidas por el jarrón serían achacadas a los cortes del parabrisas astillado en el choque o vuelco del automóvil.

Una vez que hubo depositado en la parte delantera al inconsciente, volvió precipitadamente a su casa. Bajó en cuatro zancadas al laboratorio, y puso una complicada maquinaria en marcha. La conectó con un aparato de relojería que sincronizó con un reloj de pulsera y, tras escuchar el, para él agradable runrún, suavísimo, apenas perceptible, de los aparatos en pleno funcionamiento, salió a la calle, cerrando con llave tras sí y arrancando inmediatamente a la velocidad permitida en el tránsito ciudadano.

Media hora más tarde se apeó, recién rebasada la entrada del puente de la Puerta de Oro. Colocó el dormido en la parte del conductor, en la que había bloqueado previamente la dirección, y consultó la esfera luminosa de su reloj. Faltaban ya escasos segundos, por lo que puso el vehículo en marcha, caminando en el guardabarros hasta que estuvo seguro de que no se detendría.

Vio perderse a lo lejos las lucecitas rojas de la trasera del automóvil. Y entonces sus blanquísimos dientes permitieron, al sonreír, que un rayo de luna se quebrara en ellos, haciéndolos brillar

siniestramente.

CAPÍTULO IX

El cohete, iluminado por la brillante luz de la luna, surcaba el cielo de los Estados Unidos, con cinco ocupantes en su interior, todos con los rostros graves, sombríos, pero si bien cuatro de ellos mostraban en los mismos la decisión que les acompañaba de terminar con aquel estado de cosas en el menor tiempo posible, fuere al precio que fuere, el quinto, o sea Raymond Butters, tenía la expresión ceñuda, no por lo que ocurriera o dejara de ocurrir unos miles de metros más abajo, que ello le tenía sin cuidado, sino por su ulterior destino, pues no se hacía ilusiones sobre su futuro. El haber coadyuvado con un maniático en tan horrendas catástrofes, le llevaría con toda seguridad a la silla eléctrica y ello no podía ser motivo de contento para él. Pero nada podía hacer para intentar una más que problemática evasión: aparte de la continua vigilancia que sobre él ejercía uno de los detectives, sus manos estaban esposadas con toda seguridad. El propio Driscoll era el que conducía el aparato.

Para verse los rostros no les hacía falta encender las luces interiores. Con la del satélite tenían más que suficiente, a pesar de que apenas habían alcanzado los veinticinco mil metros de altura, pero en aquellos estratos la limpidez de la atmósfera era ya extraordinaria, por lo que parecía ser de día.

El silencio se rompió cuando Louis, harto quizá del silencio, dio media vuelta al interruptor del receptor de radio, sin necesidad de enlazar con la pantalla televisora. Quería únicamente escuchar las noticias y, tras algunos tanteos, logró captar una emisión.

—«...las últimas noticias llegadas informan que no solamente en Nueva York, donde la catástrofe fue peor que si se hubiera sufrido un bombardeo nuclear, parecen haberse vuelto locos los motores, de todas clases de vehículos, sino en otras ciudades del Este y Medioeste. Chicago, Kansas, San Luis,

Filadelfia, Boston y la capital, por no citar otras de relativa menor importancia, han sufrido dichos catastróficos efectos de la que la gente ha dado en llamar como dijimos anteriormente: «la locura del motor». No obstante, parece ser que, si bien los destrozos de vehículos han

sido importantísimos, las víctimas no han sido tan elevadas como se temía, pues la inmensa mayoría de los conductores circulaban, por precaución, a escasa velocidad. De todas formas, el conjunto global de muertos se eleva a una cifra comprendida entre los cuarenta y cincuenta mil, pudiéndose asegurar que los heridos la triplican, independientemente de otros muchos que se han asistido a sí mismos en sus propios domicilios. La Policía local de cada una de dichas ciudades investiga activamente, en estrecha colaboración con la Oficina Federal de Investigación, sin que por el momento nuestros reporteros más hábiles hayan podido obtener información alguna sobre una posible pista, ya que todas las pesquisas se llevan en el más absoluto secreto y...»

Louis sonrió levemente desdeñoso al cerrar el conmutador. Cualquier periódico le pagaría a peso de oro los detalles que él podía suministrar, pero no estaba en su ánimo el andar vendiendo noticias. Lo que urgía, y pronto, era acabar con Scoresby. Y no serviría de nada el dar cuenta a la policía sanfranciscana, puesto que el loco podría demostrar que su laboratorio le servía para otros fines muy distintos que aquellos destructores en que lo usaba.

Con gran sorpresa de los funcionarios del aeropuerto, tomaron tierra, dirigiéndose rápidamente al final de la pista. Se negaron terminantemente a contestar ninguna pregunta y salieron al exterior, buscando un vehículo que los trasladara al centro de la ciudad.

—Estamos apañados — gruñó Louis —: Nos moriremos de viejos antes de que cubramos a pie la distancia. Y, para colmo, no se ve un solo coche en la autopista.

—Es lógico —replicóle Miranda—: No hay quien se atreva a montar en un automóvil — el que haya tenido la suerte de conservarlo útil —, por temor a romperse la cabeza en la primera revuelta del camino. Pero, puesto que no nos queda otro remedio, opino que el tiempo que perdemos discutiendo, nos podrá ser luego muy aprovechable.

—No hay más que hablar. En marcha, pues — dijo Driscoll, empujando a su prisionero para que marchase delante de ellos.

Sin embargo, apenas llevaban media hora cuando pudieron decir que la fortuna les sonreía. Unos faros de automóvil brillaban a lo lejos y el ingeniero, dejando a Butters al cuidado de los dos detectives, se plantó en medio de la carretera, extendiendo los brazos.

—¿Podría usted llevarnos a la ciudad? —preguntó al conductor

de aquel antediluviano cacharro, que más parecía un conjunto de latas viejas, que un verdadero automóvil.

El hombre, un viejo granjero, los miró especulativamente:

—¿Es que no se dan cuenta de que voy exactamente en la dirección contraria?

El granjero hizo ademán de seguir su camino.

—Le pagaríamos bien... —empezó a sugerir Driscoll, pero entonces fue Miranda la que, apartándole suavemente a un lado, intervino en la cuestión.

—¿Cuánto pide por el coche? — dijo secamente.

—Oiga, hermana —protestó el ranchero—, si cree que esta joya se halla en venta...

Miranda no replicó. Se limitó a abrir su bolso y sacar de él un enorme fajo de billetes de banco, que hizo parpadear a todos de asombro. Cogió dos con tres ceros cada uno en la cifra denominativa y se los alargó al chófer, estupefacto, tanto que se había quedado sin habla.

—¿Le conviene el precio?

Se rascó el hombre la cabeza, pero no pudo entretenerse mucho tiempo en tal operación. Driscoll arrebató los billetes de la mano de Miranda poniéndolos en la del atónito granjero y luego, antes de que éste supiera tan siquiera lo que pretendían hacer con él, se sintió levantado del asiento del automóvil y colocado a un lado de la autopista.

—Ea, ya está hecha la operación — suspiró satisfecho el ingeniero, poniendo en marcha el vehículo y haciéndole dar media vuelta—: ¡Arriba todos!

Arrancaron a toda la marcha que permitía aquel artefacto, que era la antítesis del cohete que los había transportado hasta allí en lo relativo a velocidad, y una hora más tarde se apeaban frente a la puerta del domicilio de Scoresby.

—Veremos a ver si ahora es cierto lo que ha dicho este granuja. Anda, llama a la puerta. Quiero que vea tu fea cara lo primero, para que así no tenga motivos de sospecha.

Butters palideció:

— ¡No! ¡No quiero hacer lo que me dice! ¡Me mataría...!

Bones le hundió el cañón de la pistola en los riñones:

—¡Haz lo que te ordenan, sinvergüenza!

Pero Butters se resistía desesperadamente, lo que hizo entrar en sospechas a Louis.

—Esto no es natural — dijo casi para su capote —: Aquí hay gato encerrado —, y se aproximó a la puerta, dispuesto a buscar la manera de abrirla.

La mansión de Scoresby, situada en lo alto de una de las colinas de San Francisco, estaba rodeada por un jardincillo circundado por una verja metálica, de unos tres metros de altura. La casa se hallaba a quince metros escasos del lugar en que ellos se encontraban y en ella no se percibía el menor signo de vida.

Pero en el momento en que Louis iba a tocar el zumbador de la puerta enrejada, Miranda le detuvo, presa de un súbito e inexplicable presentimiento.

—¡No! —susurró—: ¡No lo haga!

—¿Por qué? —inquirió él, sin comprender.

—No sabría decírselo, pero todo este silencio me parece como si encerrara una trampa.

Callaron todos unos momentos. Por encima del suave rumor de la brisa, de las hojas de los árboles agitadas por el aire, se percibía algo que ninguno de los que allí se encontraban acertaba a definir y que, sin embargo, semejaba una siniestra, mortal amenaza. Parecía como si la verja estuviera dotada de vida propia, en estado latente, advirtiéndose en ella una vaga y apenas perceptible vibración, pero que, no obstante, encerraba consigo la idea de algo que podría ser de fatales consecuencias para ellos si alguna osaba entrar en contacto con ella.

Pero Driscoll desechó sus temores. No pensó siquiera en que el forajido se había negado terminantemente a pulsar el zumbador y ya tenía la yema de su índice a menos de dos centímetros, cuando un inesperado incidente le salvó la vida.

Un gato, maullando y bufando rabiosamente, perseguido por un magnífico ejemplar de la raza canina, su sempiterno enemigo, atravesó velozmente por entre las piernas del grupo que dudaba sobre

lo que debía hacer. Intentó introducirse entre hierro y hierro de la enverjada puerta, pero al hacerlo tropezó con uno de los artísticos barrotes.

Inmediatamente surgieron de ellos una serie de chispazos y fogonazos que restallaron ruidosamente en el silencio de la madrugada. Y todavía aumentaron las llamaradas eléctricas, cuando el perro, sin poder contenerse, se precipitó contra los hierros, muriendo abrasado instantáneamente, en medio de deslumbradoras llamaradas que iluminaron vívidamente cinco espantados rostros, en tanto que un nauseabundo olor a carne quemada invadía el ambiente.

—Muy bien — comentó con amargo sarcasmo Driscoll —: Henos aquí detenidos por unos cuantos miles de voltios, sin la menor probabilidad de salvar este obstáculo. Me parece que el tunante de Butters sabía lo que se hacía al negarse a tocar el timbre. Sin embargo, con un poco de paciencia y considerando que media hora más o menos ya poco daño puede hacernos, iré a buscar por ahí algo con que atravesar este «telón eléctrico». Aguárdenme aquí — concluyó, iniciando una media vuelta, pero le detuvo la mano de Miranda que se pasó con suavidad en su brazo.

—¿Que es lo que piensa hacer, Louis? —y el ingeniero advirtió en su interior una extraña sensación que no había percibido anteriormente, en toda su vida, al oír pronunciar su nombre de tan acariciadora forma.

Apretó la mano de la mujer.

—No pase cuidado, Miranda. Volveré muy pronto.

Ella le miró intensamente como si quisiera decirle algo, y de repente Louis se arrancó súbitamente al encanto que le invadía, Sumergiéndose en las tinieblas.

Tardó más de la media hora que se había fijado a sí mismo, pero cuando al fin reapareció, lo hizo con una larga vara, de más de cuatro metros de longitud, fuerte y resistente. Miranda sintió en su pecho un infinito alivio al ver regresar al ingeniero, y por primera vez comprendió que un sentimiento más que amistoso anidaba en su corazón.

Los blancos dientes de Louis destellaron al sonreír satisfecho:

—Tendré que recordar mis buenos tiempos de la Universidad. Esta valla tendrá unos tres metros de altura, y yo alcanzaré cumplidamente los cuatro veinte. Con un poco de habilidad, lograré

pasar al otro lado.

Se despojó de la americana, se la entregó a Miranda y a continuación se subió las mangas de la camisa. Se echó hacia atrás, ante la ansiosa expectación de todos, llevando en las manos la improvisada pértiga.

Corrió velozmente, hincando el extremo de la vara casi al pie de la verja. Cobrando gradualmente impuso, ayudándose por la fuerza de sus poderosos bíceps, su cuerpo se colocó horizontalmente, rebasando por más de medio metro las agudas puntas en que terminaban los barrotes, contemplado anhelantemente por Miranda, a quien se le hizo inacabable lo que a ella le pareció un «ralenti» cinematográfico, a pesar de la rapidez de Driscoll.

Por un momento le pareció que la pértiga iba a tocar la valla electrificada, pero las manos de Driscoll se desasieron en el instante justo y sus pies tocaron el suelo en la más reglamentaria de las posiciones.

No pudo evitar, sin embargo, rodar un poco, pero se incorporó ágilmente y, sacudiéndose el polvo de las manos y de las ropas, se aproximó a la verja, alegre por haber salvado aquel mortífero peligro.

—Bones, écheme por encima un obús del quince. Es posible que lo necesite. Ustedes dos quédense cuidando a ese pájaro de cuenta... y a la señorita Blecking.

Agitó la mano, sonriendo satisfecho, y tras recoger al vuelo la pistola que le echó el detective, dedicó un saludo especial a la joven, internándose al momento en la silenciosa oscuridad del jardín. El rumor de sus pasos sobre la gravilla se fue perdiendo con su alejamiento, y pronto los tímpanos de los que allí se quedaban no percibieron otros sonidos que los del viento entre las frondas de la vegetación, débilmente movida.

El tiempo pasó lentamente, interminablemente, poniendo a prueba los nervios de los que aguardaban. La mansión de Scoresby alzaba su imponente mole a corta distancia, impresionando con la masa negra que destacaba sobre la débil claridad del cielo, pero no llegaba ningún signo de vida de ella.

El aullido de un distante perro rasgó la noche, sobresaltando a Miranda, Bones respingó. Smith rezongó algo ininteligible y Butters maldijo en tono menor, acallado enérgicamente por un golpazo del sabueso que tenía más próximo.

El silencio continuó un cuarto de hora más. Miranda mordió nerviosamente el pañuelito, convirtiéndolo en un montoncito de hilos, pero cuando todo su cuerpo se tensaba, dispuesto para saltar en cualquier momento, a punto de estallar en un puro grito, una exclamación de Bones interrumpió aquella prolongada mudez colectiva.

— ¡Miren! ¡En la casa!

Bruscamente, como si se hubiera manejado un interruptor colectivo, todas las luces de la casa, en un derroche de luminarias, se encendieron. Las dos artísticas farolas de la entrada principal disiparon al instante las tinieblas, arrojando luz a raudales por la enarenada senda que conducía a ella directamente desde el lugar en que se hallaban los cuatro personajes. Pero, de repente también, antes de que tuvieran tiempo de hacerse la menor conjetura, en un segundo golpe teatral, los amarillentos cuadrados de las ventanas desaparecieron, quedando, por contraste, más ciegos que ya estaban antes.

—¿Qué diablos...? —empezó a gruñir Smith, pero algo le cortó la frase iniciada.

Llegando claramente en alas de la brisa, una serie de detonaciones muy juntas, casi sin solución de continuidad, durante tres o cuatro segundos, hirieron los tímpanos de los que aguardaban, y luego, cuando se pasó el estrépito de los disparos, el silencio, juntamente con la ya restablecida oscuridad, volvió a enseñorearse del ambiente.

* * *

El agente motorista de servicio en el centro del puente de la Puerta de Oro vio pasar ante sí lo que jamás había visto: un coche funcionando solo, con su único ocupante, sentado en el puesto del conductor, pero con la cabeza echada anormalmente hacia atrás, como si durmiera.

— ¡Ésta sí que es buena...! —musitó, quitándose la gorra y rascándose la pelambrera—: En mi vida he visto un hombre dormido como un leño conduciendo un automóvil. ¿O estará, como una cuba?

Pero decidió salir de dudas. Un vehículo en tales condiciones era un peligro para el tránsito. ¿Tránsito? Bueno, con los sucesos de los últimos días, apenas si se veían coches. La mayoría se habían destrozado y aquellos cuyos dueños habían tenido la suerte de no

usarlos en el momento de los estropicios, apenas si se atrevían a utilizarlos. Solamente de ser un caso muy grave se arriesgaban a conducir, y por dicha razón era tan escaso el paso de automóviles por aquel puente, otrora convertido en una riada mecánica. No obstante, el deber del agente era salvaguardar la vida de los contribuyentes y, poniendo en marcha la motocicleta y disparando la sirena, se lanzó en pos del automóvil que él suponía conducido por un sonámbulo o borracho, quizá, con toda seguridad, esto último.

CAPÍTULO X

A petición de Fulton Granger, todos los directores de la poderosa organización que no había conocido jamás el fracaso en ningún asunto que había emprendido, por difícil e intrincado que fuera, pero que, sin embargo, estaba a punto de conocer el amargo sabor de la derrota, se reunieron en la habitual sala de conferencias, después de haber recalcado el Número Uno a la secretaria que se había quedado a la puerta, que no debían ser molestados por nada ni por nadie, a no ser que se tratara de la mismísima señorita Blecking, o alguien que llamara o viniera en su nombre.

—Fuera de tales excepciones — recalcó —, nadie debe tener acceso a la sala de consejos.

—Sí, señor Granger. Así lo haré.

Pero faltaba alguien. La señorita Donaldson que llegó agitada, presurosa, jadeante, con humilde sonrisa. Granger ya se hallaba tabaleando impaciente sobre la mesa y su gesto, aunque no pronunció ninguna palabra, era harto significativo.

—Les ruego me disculpen, caballeros — rogó la huesuda dama, depositando el enorme bolso, consuetudinario en ella, frente a sí y tomando asiento, sumergiéndose a continuación en las frases que comenzó a pronunciar el Número Uno.

Sin embargo, apenas había hablado Granger durante un par de minutos, cuando la Número Seis alzó una mano. Aquél la miró, levemente irritado, por encima de sus gafas, interrogándola con los ojos.

—¿Qué le ocurre ahora, señorita Donaldson?

—Si ustedes fueran tan amables de disculparme unos segundos tan sólo. Ahora recuerdo que en mi despacho particular me he olvidado unos datos que pueden sernos de gran utilidad. Medio minuto tan sólo, por favor.

—Está bien — concedió Fulton Granger de mala gana —: Dése prisa. Hemos perdido ya demasiado tiempo.

La Donaldson salió velozmente y más de uno de sus colegas se extrañó de que no se desarmara en pedazos, esparciéndose sus huesos

por el suelo. Pero no fue medio minuto lo que tardó, sino mucho más, y un cuarto de hora más tarde, la irritación, no solamente de Granger, sino la de todos había llegado al punto culminante.

Igualmente, la secretaria del antedespacho hubo de extrañarse de la insólita tardanza del Numero Seis, e instintivamente consultó su relojito de pulsera, curiosa por saber el tiempo que la señorita Donaldson llevaba fuera de la sala de conferencias.

Mas en el momento en que hacía tal gesto, la puerta de dicha estancia adquirió un impulso que a la secretaria le pareció sobrenatural.

Arrancada de sus goznes, en una sola pieza, voló hasta la pared frontera, en medio de una espesísima nube de blanco humo. Y no hizo ningún ruido al chocar contra el muro, por la sencilla razón que el que pudo producir quedó instantáneamente apagado por la espantosa detonación que se produjo en la sala, siendo arrojada la mujer al suelo, atontada, ensangrentada, por los fortísimos efectos de la tremenda ola explosiva.

Y, cuando todo se pasó, cuando los sorprendidos al par que atemorizados empleados de «TODO, S. A.», entraron en la arruinada sala, no encontraron más que, aparte de los destrozadísimos muebles, ocho irreconocibles cadáveres, espantosamente mutilados, esparcidos muchos de sus miembros por aquel espacio, cubiertas las paredes y el suelo de siniestros manchones rojos.

De un solo golpe, la poderosa organización había sido decapitada.

* * *

— ¡Aquí hay que tomar una resolución definitiva! — exclamó Bones impetuosamente—: Para ser quien es ese canalla de Scoresby hemos tenido demasiadas contemplaciones con él. ¡Échense hacia atrás!

Obedecieron todos a las enérgicas palabras del detective, quien, alzando la pistola ametralladora, la encaró a la cerradura de la puerta. Sin preocuparse en lo más mínimo del ruido que pudiera hacer, apretó el gatillo y un chorro de llamas, impulsando una interminable serie de proyectiles, surgió de la boca de la «Thompson».

Durante unos momentos, las llamaradas del arma se confundieron con las de los chispazos eléctricos y al fin, con un fogonazo mayor que los demás, una hoja de la puerta enrejada se separó unos centímetros. Bones tomó la abandonada pértiga y, aunque ya no hacía falta, por la

consiguiente desconexión, empujó la mitad de la puerta hasta que quedó espacio suficiente.

—Ahora ya podemos pasar — dijo.

Pero ya Miranda no le oía. Apenas vio sitio suficiente, voló por el enarenado sendero hasta la puerta de la mansión, impaciente por saber la suerte que había podido correr el ingeniero, aunque sus esfuerzos se estrellaron contra aquel segundo obstáculo que hubo de ser vencido de la misma manera que el anterior. Y entonces pudieron penetrar en la casa.

Bones dio la luz del vestíbulo. Se hallaba absolutamente desierto.

Con infinitas precauciones recorrieron todas las estancias, sin hallar el menor rastro de persona alguna. Únicamente en una de ellas pudieron divisar algunas gotas de sangre, que hicieron que el corazón de Miranda se detuviera casi totalmente, pero no encontraron ningún otro rastro de ser viviente.

—Es increíble. ¡Ha desaparecido! —exclamó Irving Bones, tras un cuidadoso recorrido por toda la casa.

—Pero... ¿Y esas manchas de sangres? —inquirió Miranda, desconsolada.

El detective se encogió de hombros. ¿Qué respuesta podía darla?

—Oye, Irving —le dijo su compañero, que no cesaba de vigilar a Butters—: ¿Has mirado qué hay detrás de esa puerta?

—No — replicó el otro sorprendido —: Francamente, no.

Y no se molestó en usar la pistola para abrirla. Le bastó un soberano puntapié y la puerta saltó, medio arrancada de sus goznes, dejando ver la escalera en pendiente descendente.

—¡Fiuuu...! —silbó admirado, cuando estuvieron en el medio del gigantesco laboratorio—: ¿Para qué diablos servirá todo esto?

—Yo se lo diré —le repuso Miranda, acongojada interiormente, pero procurando mostrar en su rostro una entereza que estaba muy lejos de poseer—: Para emitir determinadas ondas que, impidiendo que los motores que se hallan en funcionamiento en la zona afectada, no solamente dejen de hacerlo, sino que además aumenten su rendimiento, sin consumo apreciable de combustible, hasta unos límites increíbles.

—¡Es fantástico! —exclamó Bones, enormemente impresionado.

—Sí. Usted lo ha dicho. Aplicado a la industria, la revolucionaría totalmente. Pero por no sé qué extrañas manías, su inventor pretende ser el único que disponga de tal beneficio, controlando así todo el transporte de la nación. Ello equivaldría a poner a doscientos cincuenta millones de americanos bajo los pies de un esquizofrénico, y ello es lo que nuestra empresa trata de impedir. No porque nosotros lo supiéramos, que no estábamos enterados de nada, sino por encargo del co inventor Gallahault, persona de mucho mejores sentimientos que Scoresby y a quien éste, celoso, no queriendo que otros que no fueran ellos se aprovecharan de tan sensacional descubrimiento, hizo asesinar. Ambos estaban asociados, y aunque el muerto también era un genio de la electrónica, era poseedor de una inmensa fortuna que le hacía desdeñar la que, con su aparato, se les venía a las manos. También Scoresby desdeña, en parte, el dinero. Lo que más le domina es el ansia de poder. De ahí sus demostraciones.

—Pues vamos a tener trabajito, si queremos acabar con esa olla de grillos —comentó de mala gana Smith—: Y, ¿dónde se habrá metido ahora?

—No hay más que un solo lugar: su casa orbital — replicó decididamente Miranda —: Es allí donde ha debido llevarse al señor Driscoll y a ese lugar es a donde nosotros vamos a encaminarnos inmediatamente. Desde aquí abajo puede emitir ondas fraccionadas, de modo que solamente una a dos ciudades pueden ser alcanzadas al mismo tiempo. Pero, desde cuarenta mil kilómetros de altura, la nación entera se halla bajo las garras de ese desalmado.

Las palabras de Miranda impresionaron a los dos detectives. Pero ya se oía el gemir de las sirenas policíacas acercándose a lo lejos.

— ¡Larguémonos de aquí! —gritó Bones, y obedeciendo a su vez, todos se apresuraron a imitarle, no siendo Butters el que menos corría.

Mas, cuando ya estaban a punto de subir a su antediluviano vehículo, el «gangster» aprovechó un instante de vacilación de su custodio, y echó a correr.

En mala hora lo hizo, porque en aquel preciso instante, doblando la próxima esquina sobre dos ruedas, un coche policial desembocaba en la avenida, Raymond Butters se vio encima los dos chorros de luz de los faros y trató desesperadamente de evitar lo que se le venía encima.

Quizá lo hubiera conseguido, si no se hubiera aturdido, y en su

confusión vacilando. Pero aquel segundo de duda le fue fatal, porque además el conductor del automóvil no le vio hasta que lo tuvo encima, cuando ya no tenía espacio material para virar.

El cuerpo del forajido fue proyectado con terrible violencia hacia adelante. Agitó patéticamente, en el aire, sus brazos y piernas, en aquel brevísimo al par que trágico recorrido, y luego cayó al suelo, en el que resbaló unos metros.

Frenando estrepitosamente, chirriando las ruedas en el asfalto, el vehículo policial se ladeó, inclinándose aparatosamente sin llegar a volcar. Pero era demasiado su impulso, y su peso, al oprimir el caído cuerpo, que parecía un montón de arrugados trapos, acabó por quitar la poca vida que en aquellos míseros restos quedaba.

Durante un segundo, Miranda se quedó hipnotizada por aquella terrible escena que acababa de presenciar. Pero Bones la cogió del brazo sin contemplaciones y, aprovechando que el vehículo de la policía había perdido al fin la dirección, estrellándose contra una pared, aunque sin grave daño para sus ocupantes, la hizo subir al viejo auto, que arrancó inmediatamente.

Miranda no supo jamás cómo Bones se las había arreglado, pero además de ser buen detective, debía ser un as del volante, porque le sacó al cacharro un maravilloso rendimiento que hizo parecerle dotado de alas, porque en un tiempo mínimo se planto en el aeropuerto, donde se quedaron viendo visiones los empleados que allí había, acostumbrados en aquellos días de anormalidad, a no ver apenas ningún vehículo.

Pero ellos no hicieron caso de la estupefacción de los hombres que pereceaban por allí, sin nada que hacer que no fuera atender a las pantallas de los televisores, en espera del último boletín de noticias. Miranda, firme, decidida, escoltada por sus dos guardas de corps se dirigió al cohete y embarcó en él.

Bones fue el encargado del pilotaje y el aparato rodó un par de miles de metros antes de que sus Cortas alas, situadas al final del inacabable fuselaje hallaran la sustentación mínima para perder el contacto con el suelo. Y, apenas había ocurrido esto, cuando el conductor empujó a fondo la manecilla de gases, al mismo tiempo que hacía describir una pronunciada curva al aparato sobre su eje longitudinal, apuntando con el afiladísimo morro a las estrellas.

Rugieron los motores, al dejar escapar por las toberas ríos de incandescentes vapores y en escasos segundos el aparato desapareció

de la vista de cuantos se hallaban en el aeródromo, oculto, más que por la neblina del amanecer, que ya griseaba en el horizonte, por la distancia que adquirió en aquel brevísimo espacio de tiempo.

El alcanzar la órbita del satélite artificial de Scoresby fue cuestión, más que de tiempo, de paciencia, sobre todo para Miranda, a quien los nervios la consumían viva. Pero, como todo tiene al fin su término en este mundo, la chispita amarilla verdosa que era el satélite se hizo visible en las pantallas radáricas, y el cohete, guiado por la experta mano de Bones fue decelerando, hasta que al fin enfiló la compuerta de acceso al satélite.

Ante su infinito asombro, ya que esperaban encontrarse con un obstáculo poco menos que insalvable, el «garaje» se abrió por sí solo. Pero el detective piloto no dejaba que otras consideraciones se impusieran a lo que él consideraba su deber y por ello dio a la máquina el impulso necesario para adentrarse en aquel tubo, cuya pesada compuerta se cerró apenas la larga masa del aparato hubo penetrado totalmente en su interior.

Osciló el indicador de «presión normal», y Bones levantó la cúpula de la cabina, ayudando a bajar a Miranda. Tomó, como Smith, su pistola ametralladora y se adentraron en la casa orbital, considerando como una cosa perfectamente natural el que la esclusa segunda se abriera apenas llegaron a su altura.

Sin embargo, cuando tras atravesar unas cuantas habitaciones completamente desiertas, llegaron, guiados por la joven, al laboratorio electrónico, no consideraron tan natural el encontrar a Driscoll atado a una silla metálica, de especial factura, que Miranda le recordó la que había visto en diferentes grabados, utilizada con fines de justicia.

Tampoco era muy lógico el que otra persona, aparte del ingeniero y de Scoresby se hallara en el laboratorio. Una persona alta, flaca, huesuda, que miró por encima de sus antiparras al Número Cinco, con profundo desdén.

—¡Señorita Donaldson! —exclamó Miranda atónita, estupefacta, pero Bones la impidió seguir hablando.

Encañonando con su arma a Scoresby, dijo con energía en la voz:

—¡Levante las manos y no las mueva, si quiere seguir viviendo!

—Truculenta frase, querido enemigo — respondió irónicamente el inventor—. Espero sepan perdonarme por la originalidad de mi recepción, pero me temo que no podrá cumplir sus deseos, señor

guardaespaldas. Antes de que usted pueda oprimir el gatillo, mi índice caerá sobre este botón y entonces comprobaré si mi invento puede aplicarse también a los seres humanos. Temo, y no sin razón, que el señor Driscoll no sepa resistir una súbita aceleración de su víscera cardíaca, de setenta o setenta y cinco pulsaciones por minuto, a más de doscientas. Creo que su corazón reventaría como una fruta madura violentamente estrujada.

Solamente entonces se dio cuenta Miranda de que una serie de cables partían del lugar en que Scoresby se apoyaba hasta la silla en que Driscoll, con un sangriento surco en la frente, se hallaba firmemente sujeto, por unas abrazaderas metálicas que le rodeaban el pecho y los miembros, impidiéndole hacer el menor movimiento.

—¡Dispare, Bones! ¡Dispare! No le importe lo que me pueda ocurrir. Morirán muchos millones de personas, si este loco sigue con vida.

—¡No! —gritó apasionadamente Miranda, y el detective vaciló, en vista de lo cual Scoresby rió triunfalmente.

—He derrotado a la poderosa «TODO, S. A.», No tengo nada contra ella a no ser que cierto Gallahaut contrató sus servicios para inutilizarme. He pasado ratos amargos, pero al fin la victoria se ha dignado sonreírme. Hagan lo que hagan, todos ustedes están condenados a morir aquí.

—Es probable que sí —repuso filosóficamente Bones—, pero recuerde que yo no estoy atado y que antes de que pueda intentar nada contra mí le llenaré el cuerpo de plomo.

—Me gustaría saber una cosa —exclamó Miranda.

—Pregunte —respondió con irónica amabilidad Scoresby—. Nosotros estamos aquí a su servicio.

Ella no hizo caso de la sangrienta burla. Sus ojos estaban firmemente clavados en la Donaldson, que no había despegado los labios desde que los recién llegados hicieran su aparición.

Los delgados labios de la mujer se curvaron desdeñosamente al responder:

—Ganarme el número uno del Directorio de «TODO». Todos los demás directores han muerto. Les dejé una bomba. ¡Estúpidos! — rió cloqueante la Donaldson, de tal modo que a Miranda le pareció se le había contagiado la locura del inventor—. Dije que me había olvidado

una cosa y salí de la estancia. Creo que todavía los están recogiendo con un aspirador.

Miranda no pudo evitar el lanzar una exclamación de horror. Sabíase envidiada por la Donaldson, pero nunca supuso que aquella envidia se transformarse en odio, y que este odio llegase al extremo de provocar a sangre fría, y vanagloriarse, además, de haber dado muerte a ocho personas., solamente por satisfacer una personalísima ambición.

—Usted también morirá. Y su adorado ingeniero, señor Driscoll. Y sus dos guardianes. Ùnicamente sobreviviremos Scoresby y yo, y nos haremos los amos de la nación. Nadie osará desobedecer nuestro menor deseo. Dentro de unos minutos, cuando hayamos acabado con ustedes, todos los vehículos de los Estados Unidos se volverán locos de repente. Aumentarán sus velocidades súbitamente, y millones de personas morirán. Después de tamaña catástrofe nadie se atreverá a contradecirnos. Por el contrario, se apresurarán a lamer el polvo de nuestros zapatos.

Miranda se dio cuenta de que se hallaban en presencia de dos personas atacadas de megalomanía, dueñas de un formidable poder y quiso hablar para intentar disuadirlas de sus criminales ideas pero no la dejó Scoresby, porque se le anticipó

—La señorita Donaldson ha sido una valiosa ayuda para mí. Tener en el propio seno del Directorio de «TODO» una persona que me informase ha sido en realidad un golpe maestro. Una hábil jugada. Tan hábil como la que voy a llevar a cabo dentro de muy pocos minutos, apenas me haya desprendido del estorbo que constituyen ustedes cuatro para mis planes.

—¡Yo creo que te equivocas! —dijo en aquel momento una voz firme, resuelta, desde el umbral del laboratorio, y al oírla, todos se volvieron a ver al recién llegado.

—¡Gallahault! —exclamó atónita Miranda.

—¡Tú! ¡Tú! —aulló, enloquecido todavía más Scoresby.

—Sí. Yo. Aquel a quien creíste muerto una vez, y que intentaste matar la segunda. No se realizaron tus siniestros propósitos contra mí, y, gracias a Dios, todavía aliento para castigar adecuadamente tus crímenes.

Apenas había terminado de hablar, el resucitado Gallahault trató de quitarse la escafandra del traje de vacío, que indicaba el medio de

que se había valido para llegar hasta allí, y en aquel instante, Scoresby, olvidando todo lo que no fuera su insano odio contra el que antaño fuera su compañero y ahora, en su locura consideraba su peor enemigo, se precipitó sobre él, sin otra cosa que las manos desnudas, engarfiados los dedos, salidos los ojos de las órbitas, dispuesto a matarle allí mismo.

Durante una décima de segundo todos se quedaron paralizados por la inesperada acción de Hiram Scoresby, pero un agudísimo chillido de la señorita Donaldson les hizo volver a la realidad. También ella había perdido el control de sus nervios y se abalanzaba sobre el botón que abandonara el inventor.

— ¡No! —-gritó Miranda, adivinando sus intenciones, y en aquel instante el tableteo de dos armas llenó con su estruendo el laboratorio.

Los dos detectives habían reaccionado a un tiempo, disparando al unísono sus «Thompson». Scoresby no llegó a alcanzar al desprevenido Gallahaut.

Se detuvo como si hubiera tropezado con un invisible muro. En su pecho aparecieron una docena de rojos agujeritos que dejaron escapar arroyos de sangre. Lanzó un ronquido espantoso, abrió enormemente los ojos, en los que se reflejó una última y malévola mirada, y al fin, girando sobre sus talones, cayó al suelo donde, tras unas cuantas convulsiones, se quedó inmóvil.

Smith había disparado contra la Donaldson, deteniéndola antes de que tuviera tiempo de alcanzar el pulsador. El chorro de balas empujó a la mujer contra una mesa, en la que se apoyó unos instantes antes de caer al suelo, rodando por él un par de veces, sin lanzar un solo grito, antes de quedarse quieta, en la espantosa y definitiva quietud de la muerte.

Liberaron a Driscoll de sus metálicas ligaduras. Y apenas hecha aquella labor, en tanto que Miranda se le abrazaba, llorando de alegría, liberados al fin sus nervios de la excesiva tensión a que habían sido sometidos, Gallahaut iba y venía por el laboratorio, realizando una serie de extrañas operaciones que nadie acertó a comprender.

Un cuarto de hora más tarde terminó, y después de arrojar una última mirada a los cadáveres, dijo sencillamente:

—¡Vamos!

Al pasar en dirección a la esclusa, se dieron cuenta del cohete que había usado, adherido por la parte exterior. El otro estaba en su sitio y

todos tomaron asiento en él. Sin embargo, Miranda quiso aclarar una cosa antes de partir.

—Señor Gallahaut —dijo—. ¿Cómo es que yo le vi morir, y, sin embargo, le encuentro ahora vivito y coleando?

—¡Ah! —sonrió el interpelado—. Una cosa muy sencilla. Un doble que contraté. Conocía bien a Scoresby para no saber que intentaría alguna jugarreta contra mí. Sin embargo, no supuse que quería asesinarme. Creí, ¡infeliz de mí!, que se limitaría a secuestrarme mientras que él hacía las pruebas en gran escala de nuestro invento.

Miranda no dijo más. Se sentía feliz y se recostó contra el pecho de su amado, que la rodeó los hombros con un brazo. Y Gallahault puso en funcionamiento el cohete, que partió raudo hacia el planeta que brillaba allá abajo.

Sin embargo, apenas habrían recorrido una decena de kilómetros cuando un enorme relámpago iluminó intensamente la cabina. Se volvieron todos instintivamente, pudiendo darse cuenta del estallido sucesivo de la casa orbital. Del centro de la llama principal salieron rayos gigantescos de todos los colores, en un maravilloso espectáculo sin ruido, pero muy pronto el espacio recobró su negrura habitual. Y entonces Gallahault exclamó:

—No quiero que vuelva a funcionar ese invento. No podría hacerlo después de los miles de víctimas que ha causado. Destruiré también el laboratorio de San Francisco y olvidaré nuestra necia ambición —y calló sin añadir una palabra más.

Miranda alzó sus grandes ojos hasta Louis. Éste dudó un segundo, pero ella le pasó la mano por la nuca atrayéndole hacia sí. Cuando sus labios se separaron dijo la joven:

—Siempre hemos de ser los directores los que tomemos las grandes decisiones.

—¿No quieres volver a adoptar otra decisión parecida, cariño? —rogó él, y no tuvo que repetir la pregunta.

En el asiento posterior, dos satisfechos detectives contemplaban sonrientes a la feliz pareja.

— ¡Glenn!

—¿Qué hay, Irving?

—¿Conoces las obligaciones del padrino de boda?

—Hombre, yo...

—Pues ya puedes ir aprendiéndotelas. Aquí hay dos personas que necesitarán de nuestros servicios antes de dos semanas.

—Ante de una, es un término más exacto — dijo Louis, inclinándose de nuevo hacia Miranda.

FIN